

"El Hueco",

de José María Marcos,
jmmarcos@infovia.com.ar.

CAPITULO I

*Sentir la trágica sensación de vacío,
a veces, es placentera.
Es el final, el adiós,
el basta a las excusas que nos hacen felices,
que dan sentido a nuestras vidas.*

*Todo sería más fácil
si no nos sintiéramos llenos de vigor,
de alegría, de dolor, de odio.
No habría móviles,
ni para vivir, ni para morir.*

Todo estaría gobernado por la eterna sensación de vacío.

Dejó el papel en una mesa y se retiró del bar sin pagar. El mesero lo corrió en vano. No tardó mucho en desaparecer en la oscuridad.

El mozo, conocedor de las personas, ya lo había calado de entrada; pero se le escapó cuando estaba atendiendo a otra mesa.

-La próxima vez me la cobraré... -dijo a regañadientes, mientras se puso a limpiar la mesa de ese hombre que se propuso grabar en su mente y no perdonarlo a su regreso; pasaran días, semanas, meses, años. Él nunca olvidaba.

Leyó eso de *todo estaría gobernado por la eterna sensación de vacío* y no le dio importancia.

Puso la mesa en condiciones y se marchó a atender a otros clientes. La noche pasó sin demasiados sobresaltos. Sólo un borracho a las 3 de la mañana hizo escándalo, pero no fue difícil de echar.

Dos horas más tarde, se dispuso a hacer la limpieza. Estaba cansado y quería volver a su hogar. Apresuró la marcha y el salón no tardó en estar en condiciones para recibir otro día de trabajo.

Era eficiente y lo sabía. Por algo los dueños del restaurante le pagaban un buen sueldo y trataban de ayudarlo en todo.

Se puso el saco lentamente. Miró a su alrededor y todo estaba en orden. Le llamó la atención la atrapante oscuridad de la noche, pero sonrió y se dijo "debo estar cansado". Respiró hondo y constató si su revólver estaba cargado. No quería que ningún ladrón lo sorprendiera; no porque llevara mucho dinero, sino debido a que no quería tener ningún sobresalto.

Cerró las puertas adecuadamente, miró para los costados de la calle y se lanzó a cruzar las sombras. Se sintió mirado. Perseguido. Apuró el paso. Todo fue en vano. Un sórdido silencio lo acompañó durante todo el trayecto.

-El temor al temor paralizará nuestras almas y no nos dejará avanzar. La noche oscura, siniestra, plagada de ritos paganos, es el único ámbito donde el bien aún no ha sido derrotado. Todo lo demás fue captado por los dueños de nuestras vidas.

Su propia reflexión lo asustó. Sintió que esos pensamientos no le pertenecían e hizo el esfuerzo para que todo aquello quedara en el olvido.

Llegó a su casa y el silencio extraño sentido en la calle lo preocupó. Ingresó a la habitación de sus hijos y todo estaba en orden. Se dirigió a su dormitorio y su esposa dormía tranquila. Todo estaba en orden, pero algo lo perturbaba. No supo bien qué era. Comenzó a hacerse preguntas. ¿Todo estaba en orden? ¿Todo estaba vacío? ¿El vacío puede tener orden? ¿Qué es el vacío? ¿Los cuerpos pueden vaciarse? ¿Pueden estar gobernados por la eterna sensación de vacío? ¿Qué es estar gobernado por la eterna sensación de vacío? ¿La noche es el único ámbito donde vive el bien? ¿Quiénes son los dueños de nuestras vidas?

Se tomó la cabeza. Él no era de hacerse este tipo de preguntas. No tenía ganas de hacérselas tampoco. Siempre fue un hombre simple, su principal meta era trabajar y juntar dinero para que su familia estuviera lo mejor posible.

¿Qué había cambiado aquella noche? Todo había sido igual a todas las noches. Alguien que se fue sin pagar, un borracho, un par de sonrisas agradables, pocas propinas...

El papel. Recordó la frase y sintió escalofríos. Trató de recordar la cara de su creador y se le había ido. Hizo un gran esfuerzo y sólo consiguió sentirse mal. La cara nunca volvió a cristalizarse en su mente.

Aunque sentía dolor en las piernas, había perdido las ganas de dormir. Se sentó en la cocina y trató de tranquilizarse. Trató de recordar cosas agradables para no sentirse mal. Buscó en sus recuerdos algo y todo le era muy confuso. Sólo recordaba lo que había hecho esa noche. Su pasado había desaparecido de su mente.

Pensó en sus hijos y tampoco recordó sus rostros. Intentó pararse e ir a la habitación, pero las piernas no le respondieron. La cara de su esposa se le borró completamente. Poco a poco el vacío ocupó su cerebro y su corazón dejó de latir.

A la mañana siguiente sus familiares lloraron su muerte. El médico dijo lo de las presiones, lo de la tensión nerviosa, de las comidas picantes, de las horas de sueño, de los esfuerzos; al mismo tiempo le dio calmantes a la esposa.

Nadie supo lo de la frase. El papel terminó en el cinturón ecológico del Conurbano, pudriéndose igual que el cuerpo del mozo.

Su muerte, aunque pocos lo supieron, fue la primera de una larga cadena de muertes que se desató en la ciudad. Fue la que marcó el inicio de las acciones del hermano del Tiempo, escondido en el valle de la oscuridad y dejado afuera de la trilogía Dios-Demonio-Tiempo.

CAPITULO II

Antes de la creación del mundo, solamente Dios, el Demonio y el Tiempo reinaban en un eterno vacío. Penumbas rodeaban la eternidad, y la nada se confundía con el inmenso poder de los seres que la gobernaban.

Dios y el Demonio sobrevolaban erráticamente las soledades, teniendo a su favor al Tiempo. Si bien eran amos y señores del cosmos, sentían la tristeza de no poder manejar también el final de sus vidas. Sentían además que su existencia como seres superiores no tenía sentido si no creaban algo que era desconocido hasta el momento.

Se fijaron entonces el desafío.

En un instante -que pudo durar días o siglos- decidieron crear un nuevo orden. Un orden que no debería ser comprendido por la lógica de los seres que iban a vivirlo. Se aliaron con el Tiempo para comenzar a delinear la obra y decidieron que algunas cosas debían ocultarse. Crearon la luz en este sentido. Los seres débiles debieron refugiarse en la oscuridad, de donde "jamás pudieran salir" fue el epitafio. El Vacío fue uno de ellos y

se hizo dueño de esa morada llamada Seol, que comprendió la región de los muertos y parte de la noche.

La trilogía se opuso a perder territorio y lanzó una maldición eterna para los seres que moraran las penumbras.

Nunca imaginaron que, algún día, éstos iban a lograr forjar una vía de escape, una vía de comunicación por donde llegar al nuevo mundo.

Siete días le alcanzaron a la trilogía, para llevar a cabo la creación.

Al principio creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo, pero el espíritu eterno aleteaba sobre las aguas. Entonces éste dijo: "haya luz" y hubo luz. Hubo así tarde y mañana. Día Primero.

Después dijo: "haya firmamento entre las aguas, que separe las unas de las otras", y fue así. E hizo el firmamento, separando por medio de él las aguas que hay debajo de las aguas que hay sobre él. Día segundo.

Dijo luego: "Reúnanse en un solo lugar las aguas inferiores y aparezca lo seco". Llamó a lo seco tierra y a la masa de las aguas llamó mares. "Produzca la tierra hierbas, plantas sementíferas de su especie y árboles frutales que den sobre la tierra frutos conteniendo en ellos la simiente propia de su especie". Hubo todo esto en el tercer día.

"Haya luminas en el firmamento que separen el día de la noche, sirvan de signos para distinguir las estaciones los días y los años, y luzcan en el firmamento del cielo para iluminar la tierra". Hizo, pues, dos luminas grandes, el mayor para el gobierno del día y el menor para el gobierno de noche y sus pasajeros. Los colocó en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, regular el día y la noche y separar la luz de las tinieblas. Día cuarto.

Después dijo la trilogía: "Pulule en las aguas un hormiguelo de seres vivientes y revoloteen las aves por encima de la tierra y de cara al firmamento del cielo". Así creó los grandes animales acuáticos y todos los seres vivientes que se mueven y pululan en las aguas según su especie. "Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar y multiplínquense las aves sobre la tierra", dijo en el quinto día.

Después dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra propia semejanza. Domine sobre los peces del mar, sobre los ganados, sobre las fieras campestres y sobre los reptiles de la tierra". "Sed prolíferos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre cuantos animales se mueven sobre la tierra". Día sexto.

El séptimo día, el espíritu eterno descansó. (1)

CAPITULO III

-Vivimos en una sociedad de sordos, donde si nos detuviéramos un segundo a escuchar, descubriríamos que la mitad de las cosas que decimos son falsas.

La prédica del pastor no tuvo eco en sus seguidores. Nunca lo había tenido. Nada cambió en quienes estuvieron presentes en la ceremonia.

El sermón fue corto. Ya no hacía largas exposiciones, en las que él era el único que se regocijaba; el único que se sentía satisfecho después de haber evacuado muchas sensaciones mal digeridas.

Sus seguidores lo saludaron afectuosamente al finalizar el rito. Sonrió suave, pero sin gesticular demasiado. Las apreciaciones hipócritas de la vida, pronunciadas por la gente, lo torturaron un poco más de lo acostumbrado, más de lo deseado. Eran pesares

trágicos. Sentía que el universo estaba partido en dos cosmos incompatibles. Por un lado lo discursivo; por el otro, las sensaciones. Una ambigüedad que, conociéndola, destruiría a cualquier persona que pretendiera quedarse a mitad de camino.

Él conocía bien la diferencia. Mientras que lo discursivo puede cambiarse desde la palabra, las sensaciones son indivisibles y rigen nuestras vidas; aunque, muchas veces, la tiranía del signo nos imposibilita el diálogo sincero.

Sabía que estaba en una encrucijada: proclamar el universo de las sensaciones desde la palabra.

Pero la cotidianeidad lo consumía poco a poco. Todo se le hacía cada vez más confuso y, eso, lo podía ver con claridad.

Las madres lo sustrajeron de sus dolorosas cavilaciones. Le llevaron a sus hijos para que él los besara y los bendijera.

-Cuiden a sus hijos y déjenlos crecer con libertad...

-Sí, padrecito. Siempre le hacemos caso.

-No los contaminen con juguetes...

-¿Cómo dijo?

-No, nada. Cuídenlos, nunca los traten mal.

¿De donde sacó esa frase? No lo sabía. No pensaba decir eso, nunca lo había pensado.

-¿Tiene algo de comer para mis hijos? -entre llantos le dijo otra señora.

-Espere un segundo...

Se fue a la sala de atrás y trajo varios paquetes de arroz y algunas latas de conserva.

-Tome y no dude en volver cuando necesite algo. Ore.

Ese "ore" lo sintió forzado. Seguía siendo un ministro del Señor, pero alguien ya había mutilado sus manos y no podía orar. Su alma estaba vacía y no podía tener fe. Sus intentos eran forzadas cruzadas propuestas por la mente.

Él sabía de la frustración de los que alguna vez creyeron.

Nunca cambiaba nada pese a las palabras, pese a la insistencia casi desesperada del pastor.

Nada cambiaba a partir de las palabras, nada cambiaba a partir de la insistencia casi desesperada.

No aprendía la lección y masticaba dolor. Una y otra vez. La tarde caía sin atenuantes. Nada podía detener una nueva caída después del intento de estar siempre arriba. Las voces de los silencios del templo rebotaban en su cabeza y no le quedó otra alternativa que irse. No pudo imaginarse otra salida. Guardó los ornamentos. Los puso cuidadosamente en su lugar. Recogió sus pertenencias. Cerró todas las puertas y ventanas.

Apagó la estufa y se abrigó adecuadamente, no iba a ser que se enfermara. Una leve brisa lo estremeció antes de salir del templo. Afuera llovía, pero no hacía frío. El agua que caía lentamente sobre el suelo, le hacía recordar caricias de su esposa fallecida. Recordó el amor que sentía por ella.

Sonrió, esta vez con un poco más de ánimo. Caminó menos triste debajo de la lluvia. Pateó cada piedra que encontró a su paso. Esperó el colectivo y, una vez sentado, se durmió.

Lo visitó en los sueños un ser viscoso que lo perturbó de niño, un ente capaz de acorralarlo con preguntas. ¿Qué quería? ¿Qué deseaba? ¿Qué buscaba con su prédica? ¿Qué quería decir aquello de "no los contaminen con juguetes"? ¿Quién era capaz de sentir lo que nunca había ocurrido? ¿Quién era capaz de saber lo que nunca le dijeron?

Sintió su alma sofocada. Un espíritu oprimido por las malas condiciones en que los sueños se producen durante los viajes en los días de lluvia, cuando uno no desea que los seres viscosos pregunten cosas que jamás podrá responder y sólo alimentan el aturdimiento y hacen que nos quedemos sin aire al tratar de explicar todo de golpe, y narrar una situación sin poner un freno a nuestra exposición.

Se despertó en la terminal. El ser viscoso estaba en el volante. No quiso moverse del asiento, sentía miedo de una posible reacción inesperada. Se puso a temblar, en el mismo instante en que el viejo tormento comenzó a avanzar sobre él. Cuando estaba a punto de gritar, el ser le dijo que había terminado el recorrido y debía bajarse.

La lluvia había parado en la ciudad.

CAPITULO IV

El pastor caminó lento, tratando de esquivar los charcos que se producen entre las baldosas.

Pasó cerca de un prostíbulo y las chicas lo silbaron. Lo conocían y su figura les llamaba la atención. Siempre comentaban que, una noche, Rosi lo había visto entrar alcoholizado y con unas desenfundadas ganas. Discutían si podía ser cierto o no, y se preguntaban cómo sería en la cama el "curita", como ellas lo llamaban.

El pastor agachó la cabeza y evaluó en silencio la posibilidad de ingresar. "Esta noche no", se respondió sin motivos claros.

No tardó en llegar al edificio donde vivía en el sexto piso. Abrió la puerta principal y se deslizó sin ruidos. Llamó al ascensor y se preparó para el corto viaje.

Subió y marcó el número de su piso. Estaba oscuro. Solamente las luces indicadoras del conmutador aportaban algo de claridad.

-La libertad es un arcángel que te liberará de la pronta muerte, pero que te convertirá en sal para toda la eternidad.

Una voz lo estremeció. No había nadie junto a él, pero sintió una frase pronunciada con firmeza.

Se dio vuelta y sólo encontró la pared trasera del ascensor. Miró para arriba, abajo, los costados, y nada. Sintió temor. Pensó que había empezado a volverse loco; ni siquiera barajó entre sus posibilidades que el hecho pudiera estar emparentado con lo sobrenatural, con lo que escapa a la razón del hombre.

Bajó rápidamente del ascensor y tardó mucho en ingresar a su departamento. Le temblaban las manos. No encontraba la llave precisa. Le aterraba la idea de que alguien lo hubiera seguido al salir del templo. No tenía mucha plata en su casa, pero la idea de que todos los pastores son adinerados le provocó miedo.

Una vez que logró entrar a su departamento, respiró profundamente. Llenó los pulmones de serenidad.

Cuando se dispuso a encender la luz, algo lo detuvo sin pronunciamientos. Sin la necesidad de dar órdenes.

Una sombra, sentada en su sofá, le indicó que no lo hiciera. Lo miró y, sin hablar, le pidió que se sentara a su vera, en una silla que ella misma había preparado.

Sin preámbulos, comenzó el monólogo para el reducido público compuesto solamente por el ministro.

-Los hombres como usted no niegan la existencia de la futilidad. No niegan la existencia del todo. Saben lo que es el todo. Sufren el todo y la nada. Saben del día y la noche. Conocen el vacío existencial, que las personas niegan. Conocen que el conflicto existencial reside en la incesante e inútil búsqueda de las razones por las que vivir; un motivo que les alivie el peso de haber sido creados. Saben que cada uno de ustedes es

una mísera parte del universo. Saben que los pronunciamientos de grandeza son solamente vanos intentos por no sentirse vacíos, solos, míseros, pequeños... Ustedes sienten el todo. No lo conocen ni lo comprenden desde la lógica. Y jamás lograrán comprenderlo si no se abren al terreno de las sensaciones, que ustedes mismos empezaron a recorrer.

El pastor escuchaba todo con una extraña mezcla de admiración, tristeza y dolor.

-Ustedes saben -continuó el visitante- que si las personas dejaran de buscarle el porqué a la vida, comenzarían a sentir de otra manera. No solucionarían nada, pero el conflicto desaparecería porque no pertenece a la existencia.

-Sentirían vacío -interrumpió el pastor.

-Usted dice eso porque niega...

El pastor no quiso oír nada más. Era mucho para un espíritu amargado por las constantes frustraciones. Se paró y, sin prestarle más atención al circunstancial intruso de su morada, prendió la luz.

Al regresar su vista, dispuesto al combate, el sofá estaba vacío. No había rastros del ingreso de una persona.

Tragó saliva. No quiso ni escupir. Fue al baño y buscó pastillas. Hacía tiempo que no las utilizaba, habían sido su única compañía para salir del duro trance que le produjo la muerte de su esposa.

Volcó medio frasco en su mano. Llenó un vaso de agua. Se preparó para olvidar y tragó casi sin respirar.

En pocos segundos, el sueño lo salvó una vez más del suicidio.

CAPITULO V

*La oscuridad,
las aguas turbias.*

*El remolino que nos empuja
a chocar contra las piedras.*

El eterno vacío que nos consume.

*La sensación de agobio
que mantiene vivo el deseo.*

*La angustia existencial,
el porqué de la vida.*

Las mañanas son rígidas y temerosas como las noches donde no podemos conciliar el sueño. Son figuras que no reconocen nuestra entidad. Nos empujan y nos arrastran a marchar en una formación rígida de seres con características similares.

-Ya es de noche y hay que cerrar la Biblioteca -le dijo la portera al joven que, en ese momento, era el único visitante de la Biblioteca Pública.

-Tome, le regalo esto -fue la rápida respuesta del muchacho, y, estirando el brazo, le alcanzó un papel donde podía leerse una poesía.

-¿Es tuyo?

-Sí...

-¿Hace mucho que te dedicás a escribir?

-Desde antes de la creación del mundo.

Ninguno de los dos aguantó la risa. Se miraron con gestos cómplices y siguieron dialogando sobre los gustos de ambos.

-¿Usted también escribe? -interrogó ahora el muchacho.

-No, pero... me gustaría -respondió un poco avergonzada la señora.

-Sólo hace falta que empiece.

-No debe ser tan fácil.

-Haga la prueba.

La conversación giró en torno de la literatura. La mujer sin entender mucho del tema, no quiso demostrarle que eso le interesaba poco.

Ella, una señora de cincuenta años, sentía que el joven la seducía. Podía ser su madre, pero se sentía atraída.

-¿Nos volveremos a ver? -preguntó el joven, y la señora se sonrojó.

-¿Nos volveremos a ver? -insistió.

-Yo trabajo acá -fue la respuesta un poco titubeante.

-Entonces, hasta pronto- dijo, se paró y preparó su retirada. Cruzó el salón a paso lento, dejando una estela de quietud en el sendero recién transitado.

La mujer respiró hondo y guardó el papel en el bolsillo del saco. No le gustaba leer, pero iba a intentar hacerlo porque veía muy apuesto a ese hombre que la había hecho sonrojar.

Agarró el escobillón y limpió todo el salón con una gran sonrisa en su alma. Quitó las telarañas que se habían formado en los rincones y sintió una rara compasión por las arañas que estaba desalojando.

Cerró la llave de gas. Ordenó las sillas que estaban desprolijas y, antes de salir, miró una vez más el lugar donde había encontrado sorpresivamente a ese "hermoso mozo", como ella decía interiormente.

Apagó todas las luces y emprendió su regreso a casa. Al dejar atrás la Biblioteca, se puso a hacer un racconto de su vida. Pocas cosas le hacían recordar el encuentro que había tenido minutos antes. Su vida había sido siempre muy dura, siempre de lucha constante y de pocas satisfacciones.

Se sentía feliz como lo había deseado ser en los viejos tiempos. Se preguntaba si el joven también había sentido lo mismo. Dudaba. Trataba de recordar todos los gestos que él había hecho en la pequeña conversación que mantuvieron en el salón.

Recordó su rostro casi angelical y una voz suave que la recorría. Una forma parsimoniosa de hablar y una cadencia muy seductora.

Pensó nuevamente en que podía ser su hijo, y trató de no seguir indagando en sus sentimientos.

Llegó a su casa un poco más tarde de lo acostumbrado. Se había demorado limpiando. Quizás, en su interior, tuvo deseos de no volver, pero eso era imposible.

Dejó el saco sobre el sofá. Preparó la comida mecánicamente para ella y su marido. Y como todas las noches, comieron sin dirigirse una palabra.

Su hija que se incorporó a la mesa minutos más tarde, tampoco intentó dialogar.

Hacía años que solamente hablaban lo necesario. Hacía años que la comunicación no existía en su familia. Hacía años que en realidad habían dejado de ser una familia, pese a estar siempre juntos.

La hija mostró un apetito casi voraz. Estaba apurada. Vivía apurada. Sabía que es mejor vivir apurado, cuando uno no desea preguntarse nada.

Se paró apenas terminó el último bocado y, sin siquiera despedirse, tomó el saco que estaba en el sofá y se retiró de la mesa.

Los padres se miraron. Ya nada podían hacer, todo estaba hecho. Lo malo y lo bueno. Lo bueno y lo malo.

Al salir de la casa, la joven introdujo sus manos en los bolsillos y descubrió la poesía. La leyó con la tenue luz de la entrada del edificio y la arrojó a uno de los costados.

El papel cayó en un charco, y las letras escritas con tinta comenzaron a borrarse.

CAPITULO VI

Preparándose para salir a su trabajo, el padre de la joven escuchó la radio.

Sentado en la mesa, bebió de a sorbos el café con leche tibio que le hizo su esposa.

Los titulares no le llamaron demasiado la atención, pero la ampliación de "Suicidio en las Vías" le produjo una trágica revelación.

-Una joven de aproximadamente 20 años de edad, se quitó la vida al tirarse debajo del tren. El hecho ocurrió en la estación de la ciudad ayer a la madrugada. Hasta el momento la policía no ha logrado identificar a la persona que tomó la drástica decisión. La causa, caratulada como Suicidio, se encuentra en el Juzgado Criminal y Correccional de Turno.

No hicieron falta más palabras. Se fue a la habitación de su hija y la encontró vacía. Comenzó a gritar desesperado, como un animal herido.

La esposa se acercó y le preguntó qué le pasaba.

-Me arrancaron lo que más quise en mi vida... -atinó a decir.

-¿Qué cosa? ¿Qué pasó? No entiendo... -lo interrogó.

-Murió nuestra hija...

La frase quedó picando en la habitación. La madre no entendía cómo se animaba a afirmar semejante tragedia. Fue a la habitación de su hija y la encontró vacía. La cama estaba tendida y todo estaba en orden.

Al regresar, su marido se encontraba llorando arrodillado.

-Tranquilízate y explícame -dijo ella con serenidad. Una calma que no conocía desde hacía muchísimos años.

-Lo escuché en la radio. Fue suicidio. Se mató, ¿entendés?

-La nombraron...

-No, pero sé que es ella. Fue en la estación ayer a la madrugada... todavía no regresó... ¿Entendés o no querés darte cuenta?

La mujer siguió optando por la serenidad. Lo abrazó y trató de consolarlo. Atinó a pronunciar sólo un "bueno, mi amor, tranquilízate".

Después de un largo rato, y superado el primer golpe, ella sugirió ir a la comisaría. Él, con resignación, aceptó.

La madre no tardó en cambiarse para ir a la policía. El padre, intentando demorar la confrontación con el dolor, tardó más de lo normal para vestirse.

Salieron de la casa y se dirigieron a una remisería.

El padre sentía que un Himalaya se le había posado en la espalda y que nadie se lo iba a poder sacar. Se sentía culpable. Sabía que no podía ser otra la joven que se había suicidado. El olor de los suicidas se percibe. Su hija la última noche lo tenía. Él hubiera deseado abrazarla por última vez. Pensaba que, algún día, debía reunir el coraje suficiente para suicidarse él también y acabar con todo.

En la remisería había demora, pero la marcha del mundo seguía su curso inmutable. Un nacimiento, una muerte. Los ríos secándose y las lluvias provocando inundaciones. Los fuegos consumiendo bosques y los hombres confundiendo con los animales. Las inevitables tragedias y las epidemias abriéndose paso ante la necedad de la humanidad.

-¿Hasta dónde van? -preguntó el telefonista de la remisería.

-Hasta la comisaría.

-¿Tienen documento o cédula de identidad?

-Sí, los dos.

-Deme algo.

La señora sacó su cédula y le dictó el número. El automóvil se paró en la puerta y el chofer les hizo señas para que subieran.

No tardaron en hacerlo. El portazo de la puerta trasera, dado por el chofer, hizo que en los oídos de él comenzara a producirse un agudo chillido. Un sonido que lo acompañó durante todo el resto del día.

Después de pagar, bajaron cansinamente del auto y entraron a la comisaría. El ruido y el dolor ya lo estaban enloqueciendo. Trató de contenerse, de no mostrarse profundamente molesto y triste. Hubiera necesitado ver correr sangre entre sus manos para sacarse todo el peso de encima. Ver su sangre derramada en la vereda, yéndose por la bocacalle y regresando por fin a su lugar de origen.

Una joven policía los atendió de buena manera y les preguntó sobre su visita.

Sabiendo por qué estaban allí, el comisario los hizo pasar y no tardaron mucho en salir para la morgue judicial. Les preguntó quién era más impresionable porque el tren había destrozado gran parte del cuerpo de la víctima. La mujer dijo que solamente ella debía reconocer a la hija, pero el marido se opuso porque también necesitaba comprobar lo sucedido.

Un largo pasillo auspició de antesala para el trágico encuentro con su hija. Pese a las mutilaciones que había sufrido el cuerpo, no quedaban dudas de que ella era la joven que habían concebido.

No pudieron contener las lágrimas. La madre sintió síntomas de desvanecimiento y se aferró al comisario como a un madero. El hombre empezó a gritar, la verdad lo trituraba poco a poco. El espectáculo de dolor decía todo lo que nunca quisieron escuchar.

El policía y algunos empleados de la morgue los retiraron del salón. El cadáver ya estaba identificado y no había forma de volver atrás.

El cuerpo de la hija por fin estaba destrozado como su alma.

CAPITULO VII

Los llantos inundaron el templo. Todos los que la querían, o pensaban que la querían, se pusieron alrededor del cajón. Una mosca sobrevolaba la escena. Una escena casi repetida. Casi repetida hasta el hartazgo en todos los velorios.

El pastor entró con la cabeza baja. No quiso mirar a nadie, percibió que los llantos eran parte de un acuerdo tácito entre los presentes. Un acuerdo que iba a respetar. Uno de los tantos pactos que se propuso no romper en el momento que tomó la decisión de hacerse religioso.

Caminó lento. Casi pareciendo no querer llegar a la escena. Sus piernas eran dos pesadas columnas sobre las que había construido un templo pagano. Un templo donde pudieran convivir todos aquellos expulsados del banquete eterno. Un templo que en ese momento no lo dejaba avanzar con firmeza.

Arrastrando los pies, tropezó con uno de los bancos. Las miradas se posaron en su cuerpo y en su alma. Sintió un gran peso en la espalda. Una enorme cruz que lo carcomía y lo empujaba a la muerte, a sentirse agobiado por las personas.

No tardó mucho en recomponerse. En pocos segundos, retomó la marcha. No debía detenerse antes de llegar al cajón.

El salón era largo y oscuro. Las personas, como fanáticos apostados en sus respectivas plateas, vitoreaban en silencio los avatares del ministro, algunos a su favor y otros en su contra.

Afirmó su andar. Trató de pensar que no podía ser detenido por miradas incriminadoras.

Tropezó por segunda vez. Algunas risas comenzaron a burlarse de su impotencia y la cruz comenzó a hacerse más pesada.

El camino era cuesta arriba. El Monte de Sión estaba cada vez más alejado de su alcance. Los fariseos eran dueños de la escena.

-¿Qué la pasa hermano?

-Nada -respondió secamente, sin entender bien por qué se resistía a llegar al cajón de la joven recién fallecida.

Se afirmó en sus antiguas convicciones y otra vez reanudó la marcha. El paso firme no duro demasiado tiempo. Un nuevo banco hizo que se cayera por tercera vez. Se levantó haciendo el último esfuerzo y nuevamente se propuso no detener la marcha. Iba a llegar, aunque fuese arrastrándose.

Así las cosas, las risas y las burlas fueron la música de fondo que auspició la llegada al cajón herméticamente sellado.

Frente a la recién fallecida, se persignó.

Los padres seguían llorando a la hija que habían perdido hacía mucho tiempo, antes de producirse el suicidio. Estaban de duelo. Era el momento propicio para llevarlo a cabo sin sentir culpa, sin reconocer que las muertes son cotidianas aunque a veces no haya una sola gota de sangre derramada.

El pastor comenzó a hablar de la muerte desde una concepción redentora, y de lo doloroso que era que los padres enterrasen a sus hijos. Habló también de la vida de la joven que conoció de niña. No se animó a decir en ningún momento la verdad. Nunca le dijo a los padres que él pensaba que la habían descuidado, que los llantos después de la muerte no servían para nada.

Sin embargo, no aguantó tanta hipocresía y miró a los padres con una mirada acusadora. Éstos no se percataron del fútil intento.

Se resignó entonces a no poder hacer nada. Continuó con las palabras adecuadas para el momento y despertó algunas nuevas lágrimas entre los presentes.

Apuró el discurso. Ya se sentía agobiado por la situación. No podía soportar más los llantos de las personas.

-No lloren por los que se van. Lloren por ustedes, por lo míseros y egoístas que son, por... -y no pudo continuar. Su voz se quebró de dolor.

La última frase no tuvo eco en nadie. Hasta alguien dijo "es palabra de Dios" sin entender nada de lo afirmado.

El pastor se dio cuenta de que aquello poco tenía que ver con las ceremonias tradicionales.

Se apuró para terminar con el rito. Quería saludar a los deudos y huir de la situación que lo perturbaba con mucha intensidad.

Una vez finalizada la oración, acompañó a todos los presentes hasta la puerta de salida y los despidió. Casi con malos modales. Con dolor en sus palabras y un profundo malestar que le trituraba el corazón.

No tardó mucho en quedarse solo ante el cajón y la cruz de Cristo. Quizás demasiado para lo que había estado dispuesto a soportar.

Cerró las puertas del templo y se sentó en uno de los primeros bancos. Comenzó a rezar en forma compulsiva.

La tarde se fue convirtiendo en noche. Él no se preocupó por prender las luces. Un extraño sopor comenzó a acunarlo y no tardó mucho en dormirse.

CAPITULO VIII

Los ronquidos del pastor retumbaban en el templo. Figuras medievales se debatían por ocupar la mente del ministro. Sombras bailaban a su alrededor y una extraña figura se podía ver en cualquier rincón del lugar.

-¿Qué quieres de mí? -fue la pregunta que hizo que el pastor se sobresaltara.

Abrió los ojos y miró para los costados. No había nadie. Estaba solo frente a la cruz y el cajón de la joven.

-¿Qué quieres de mí?

La repetición del interrogante, aumentó su temor. Esta vez le pareció que alguien detrás de él la había pronunciado. Giró su cabeza para ver si descubría algo, y en ese mismo instante, la voz pareció salir del cajón.

Su cuerpo quedó paralizado por algunos segundos. No quería sentir más la pregunta. No quería saber nada de interrogantes. Las piernas le comenzaron a temblar. El frío se apoderó de sus manos. Una lanza imaginaria le atravesó el cráneo y le produjo una grave herida. Se dejó caer, entonces, en el medio del templo.

Formando una cruz en el medio del lugar empezó a soñar. Una figura etérea lo invitó a recorrer la noche. Caminaron lento por la avenida principal de la ciudad y dialogaron amistosamente sobre distintas visiones.

Señalando un descampado, la figura habló.

-En dicho lugar, al igual que en el mundo, hay viejos locales en ruinas cercados por un alambrado en muy mal estado. Todo es un foco infeccioso y muchos de los procesos que se iniciaron no tienen retorno. Los locales y su alambrado perimetral fueron deteriorándose hasta convertirse en un espectro abandonado al borde de la avenida, donde inescrupulosos continúan arrojando residuos.

-¿Y detrás de ello que se vislumbra? -interrogó sorprendentemente el pastor.

-Nada -fue la respuesta tajante.

Siguieron caminando sin pronunciar palabra. El pastor sabía que todo era un sueño, pero la situación lo movilizaba a averiguar cosas. Insistió entonces con la pregunta anterior.

-¿Y detrás de ello que se vislumbra?

-Nada puede vislumbrarse... Quizás, todo lo que te dije es mentira.

La confusión envolvió al pastor, que esa noche quería certezas. Quería poder despertarse con revelaciones. Sentir sangre en sus manos después de haber sido crucificado en el centro del templo. Sentir, nada más. Creer, nada más. Volver a tener fe, nada más. Pisar firme en ese prado lleno de pus.

De repente, al regresar la vista hacia al lugar donde estaba su compañero, encontró el rostro destrozado de la joven que a la mañana siguiente iba a ser sepultada. No atinó a correr, sólo se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar. En parte se sentía responsable del suicidio de la joven. Él había casado a los padres. La conocía de pequeña y él la había instruido en su templo.

Cuando levantó la vista, el fuego se había apoderado de la ciudad y estaba solo en medio de la avenida. Llantos y rechinar de dientes se podían oír de las construcciones que comenzaban a arrojar humo por sus ventanas.

Se arrodilló y comenzó a orar. Nada lo salvó del incendio y la pasión una vez más lo consumió en sus sueños.

Tardó mucho en despertarse. Tal vez siglos. Nunca lo supo, porque regresó a la escena que le correspondía vivir al día siguiente. Sabía, sin embargo, que esa noche había sido más larga. Había estado en medio de un combate donde él no estaba en ninguno de los dos lados, y por lo tanto podía morir en manos de cualquier bando.

Al abrir sus ojos, tardó en reincorporarse. Le dolían los brazos y las piernas. Tenía poca fuerza en su cuerpo.

Un rayo de luz rebotaba en la manija del cajón y no pudo escaparle al recuerdo de la joven destrozada.

Con la cabeza baja, cruzó el salón y se dispuso a abrir las puertas y ventanas. El entierro estaba previsto para las diez horas y quería tener todo en orden. Desayunó con una infusión bien caliente y trató de no pensar en los sucesos de la noche, para recuperar la tranquilidad y poder dar así una ceremonia acorde con lo pautado por su religión.

Poco a poco, los deudos fueron inundando la escena y los coches fúnebres rodearon el templo. Luego de subir el cajón al coche principal, la caravana inició su marcha de despedida.

Las palabras del pastor y los llantos de los padres y de los amigos, fueron lo último que ocurrió antes de que el cajón ingresara a su bóveda. El rito se llevó a cabo con mucha normalidad y el ministro, esta vez, no se angustió por nada.

Saludó a los padres y, tomándose un colectivo, se marchó a su casa. Rechazó muchas invitaciones de viajar en auto hasta su casa. No quería tener el compromiso de tener que decir palabra alguna.

Bajó una parada antes y caminó hasta el edificio donde vivía. No estaba perturbado y esa tarde deseaba disfrutarla leyendo y escuchando música. No quería saber de feligreses, ni de esas cosas tediosas. Se convenció de que las extrañas sensaciones se habían producido por las tensiones a las que estaba expuesto en su ministerio.

Subió los pisos con una alegría poco sentida en los últimos meses y, casi riendo, abrió la puerta de su departamento. Dejó afuera todas las penas y creencias y se sumergió en un mundo creado por el mismo.

Las raras sensaciones no lo visitaron por algunos días.

CAPITULO IX

Siete golpes de bastón lo despertaron. El cuerpo del gerente, en ese instante, viajaba en una butaca del tren. Se le había roto el auto en la estación y tuvo que viajar como un simple empleado. Eran las seis y media de la mañana y todavía era de noche. Dos ojos penetrantes se apoderaron de su cuerpo. Los siete golpes fueron las trompetas que anunciaron un holocausto desconocido por él.

-Los mensajes muchas veces son incompresibles, otras incomprensibles -fue la frase que retumbó en sus oídos, luego del primer vistazo.

La situación lo perturbó mucho. El ciego lo divisó desde la otra punta del vagón y él trató de obviar su presencia. Pero todo fue en vano. Sus ojos lo arrinconaron contra el asiento; parecían transmitir dolor, resignación o ¿qué? El gerente no sabía, intentaba imaginarlo.

-Mantenerse impávido ante el dolor ajeno es un precio caro, cuando hablamos de vivir -fue la segunda afirmación que le llegó a su mente. Fue la segunda frase que lo terminó de sacar de su pasmosa tranquilidad matinal.

El ciego caminó hacia él dando pasos muy cortos. Lo acompañaban su bastón y un tarrito donde indicaba que le depositaran monedas y billetes. Clavó la mirada en el gerente. En pocos segundos, leyó toda la historia de su vida. El gerente quedó desnudo ante él y sintió vergüenza. Trató de mirar a los costados y olvidar su presencia. No pudo. Sintió como se acercaba y no se animó a huir.

Sintió que no tenía escapatoria y lo miró fijamente. La mirada era sombría. Sus ojos eran dos bolas de fuego a punto de estallar. Dos bolas arrolladoras, capaces de llevarse por delante cualquier obstáculo.

La insistencia anuló sus fuerzas. Sintió como, a través de su alma, el ciego le dio un veloz repaso a la historia de la humanidad.

El hombre apuró su paso hacia el gerente. En el trayecto, una vieja estiró la mano y le puso algunas monedas en el tarro. Otro pasajero lo miró con asco y unos jóvenes se rieron de chistes absurdos. Tropezó con los pies de un vendedor ambulante y le pidió disculpas.

-No está lejos, -comenzó a relatar en voz alta el gerente- espero que rápidamente pase de largo y olvide mis ojos, mi cara, mis rasgos, mi mirada; que no recuerde todo lo que vio en mi interior, en mis entrañas, en mi asquerosa conciencia. Sigue golpeando el tarro contra unos asientos y el ruido que hace es cada vez mayor, respeta un orden, como siguiendo los designios de un ser superior. El ruido no es ruido, es una música que fue hecha en base a otros moldes; eso me lo trasmite con su mirada. No pretende crear nada pidiendo limosna, quiere crear llevando a cabo su proyecto. Sólo está interesado en conseguir plata y mantener la panza llena, para después poder ejecutar una de las piezas que, en su opinión, es una de las más bellas que se puede crear...

En ese instante, el gerente se dio cuenta que estaba monologando y muchas personas lo miraban aterradas. Mientras tanto, sin cambiar la mirada de rumbo, el ciego se sentó dos asientos adelante de la butaca del gerente.

El hombre de negocios volvió a sentir una necesidad imperiosa de comunicarse y no le importó que lo miraran con temor. A su lado viajaba una señora mayor.

-Tiene una mirada de dolor, de sufrimiento, de venganza; se puede observar en ella que su principal meta es destruir al mundo, a mí, a vos, a todos; los buenos, los malos; piensa que podrá terminar con toda la sociedad, enferma de males mal curados, de viejas fatalidades no reconocidas, de extrañas personas mal paridas. Cree que podrá hacerlo. Lo miro fijo y no lo hago dudar. El plan ya está trazado en su mente. Nada podrá detenerlo. Me clava sus ojos en lo más profundo del alma, y me desnuda. Está seguro de que me destruirá igual que a todos aquellos que lo ignoraron o se burlaron de él.

Cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que estaba otra vez solo. La señora que lo acompañaba se había parado a mitad de camino.

El tren no tardó en arribar a la última estación. Los pasajeros comenzaron a pararse y el gerente agachó la cabeza, dispuesto a entregarse. Nunca habían ejercido semejante poder sobre su mente. Creyó que no tenía escapatoria.

Sin embargo, los ríos no salieron de su cauce y las aguas no se derramaron.

-La sentencia ya está dictada... -dijo el ciego entre dientes, se paró y se alejó sonriendo, en medio del borbollón de gente que bajó de los trenes y resignada marchó para sus trabajos

CAPITULO X

*No hay respuestas entre quienes
no existen las preguntas,
entre quienes escuchan sin temor
el devenir de las mareas.*

Llegó a su lugar de trabajo y en su oficina alguien había dejado un papel. Lo abrió y encontró una rara poesía. No se le ocurrió quién podía habérsela dejado. Le pareció absurdo que buscaran ablandarlo a través de la literatura. Él hacía años que no se emocionaba con nada.

-Ya nada me puede asombrar -dijo entre dientes. Pero inmediatamente recordó el episodio del tren y se estremeció. Sintió que, en algún lugar de su cuerpo, las mentiras lo carcomían cotidianamente.

Hacía tiempo que estaba acostumbrado a mentir para subsistir. Sabía de lo poco que vale la dignidad humana. Creía que ya no había salida. Creía que las creencias tradicionales ya no servían para aplacar la angustia humana.

Pidió los formularios de las obras sociales y se dispuso a completarlos. Trató de olvidar esos dos ojos que lo arrinconaron en el tren, pero se le hizo muy difícil. Nunca

había participado de un episodio tan intenso, tan cargado de signos poco claros para su mente.

Le pidió ayuda a su secretaria para desarrollar la tarea. Le miró las piernas, y pensó que no estaba nada mal. Barajó la posibilidad de invitarla a salir. Pensó que alguna tarde, ella podía aceptar una de sus propuestas. La volvió a mirar y se convenció de que era el tipo de mujer que a él le gustaba, que siempre le había gustado.

Se propuso decirle algo, pero prefirió esperar el momento adecuado. Sabía que tenía que cuidarse, porque, la última vez, su esposa lo había descubierto en plena infidelidad. Y ya no le quedaban muchos créditos.

De novios siempre la había engañado. Cuando se casaron, él prometió no volver a hacer de las suyas. Nunca cumplió la promesa. No estuvo ni siquiera un mes siéndole fiel. Tras el regreso de la luna de miel, visitó la puta que más le gustaba. Hasta creyó que en algún rincón de su alma la extrañaba. Hasta creyó que ese encuentro fue más placentero que la noche de bodas, que le pareció un mero trámite para concretar el casamiento. Hasta creyó que, a veces, las putas son necesarias cuando las relaciones son vacías como los orgasmos que se venden y se compran.

Volvió a mirarle las piernas a su secretaria, y necesitó serenarse para no decir palabra. Esa minifalda lo volvía loco.

-Qué fácil es de sacar -pensó, mientras trataba de concentrarse en el trabajo y no lograba desviar la vista de ese cuerpo que lo atraía. Imaginaba el color de la ropa interior y su boca arrancándola a mordiscones. Imaginaba sus manos en la cintura y la sangre corriendo con frenesí por sus venas.

Agachó la cabeza y cerró los ojos. La mirada del ciego lo seguía carcomiendo lentamente y tenía trabajo que terminar. No podía seguir distrayéndose más. El espectáculo le resultaba agradable y le ayudaba a olvidar la trágica visión que tuvo a la madrugada, pero prefirió enviar a la secretaria a preparar un café. Necesitaba tenerla lejos, al menos por un par de minutos, para poder bajar parte de las tensiones.

La vio pararse y contornearse adelante de sus ojos. Se mordió los labios y respiró profundamente. Volvió a cerrar los ojos y prometió concentrarse y terminar el trabajo. No quería quedarse después de hora porque su puta lo esperaba. Era la cita obligada de todas las semanas. Era casi de la familia. A veces se preguntaba si la amaba, pero nunca había logrado una respuesta clara.

Su secretaria no tardó en traerle el café. Él no la miró más y puso toda su atención en los formularios. Hasta creyó olvidarse del ciego. Los llenó en forma rápida, pero prolija. No quería quedarse ni un segundo más porque si no tenía que postergar la visita. Y si no iba ese día, seguramente, tendría que esperar una semana.

La tarde pasó relativamente rápida. Media hora antes de la hora de salida, los formularios ya estaban completos y controlados. Pese a ser muchos, habían hecho una buena tarea. Miró a la secretaria y ambos respiraron aflojando tensiones. Ya no la miraba con libido: eso había sido solamente durante el comienzo de la mañana.

Estaba cansado e impaciente. Se quería ir. El trabajo no había sido agotador, pero el esfuerzo para concentrarse le había demandado muchas energías. Sabía que, una vez que lo logró, todo salió rápido y sin inconvenientes.

Reunió sus pertenencias y llamó un remise. No quería demorarse ni un segundo. La puta lo esperaba.

Tomó el ascensor impaciente. No esperó ni a su secretaria. Necesitaba llegar cuanto antes al departamento donde encontraba placer. Las fuerzas que lo dominaban eran incontenibles.

Tuvo que esperar unos cuantos minutos en la puerta del edificio de su trabajo porque el auto se demoró por el tránsito. La secretaria salió después de él y lo saludó afectuosamente. Mientras le miraba las piernas a su secretaria, el chofer del auto que solicitó lo estaba llamando y él parecía obnubilado por ese cuerpo.

No tardó en subir al auto. Respiró con lentitud y sintió que no faltaba mucho para llegar al orgasmo deseado.

La acumulación de tensión le permitió olvidarse del ciego.

CAPITULO XI

Hizo que el chofer detuviera el auto media cuadra antes del departamento de su puta. Siempre repetía el mismo rito. Pagaba, miraba para los costados para no descubrir a alguien conocido y apuraba el paso para entrar a uno de sus refugios más queridos.

La puta trabajaba por la noches en un bar y, durante las tardes, atendía a los clientes que precisaban algo más que sexo. A esos los escuchaba, los atendía con más tiempo y les cobraba más caro.

Tocó el timbre. Cuando recibió la señal adecuada, ingresó al edificio. Las paredes estaban cubiertas de humedad. La pintura se notaba deteriorada en varios sectores. Poca luz auspiciaba su llegada.

El olor particular del lugar siempre hacía que su mente imaginara que había ingresado a otra dimensión. Sentía que el peso del mundo podía quedar afuera. Que las preocupaciones podían esperar hasta que él saliera. Y que, quizás, el mundo se detenía en el momento exacto en que él cruzaba la puerta, y recién recomenzaba su marcha cuando salía.

Intentó subir en ascensor hasta el séptimo piso, pero estaba descompuesto. Miró las escaleras y apretó los dientes con fuerza. Puteó para sus adentros y respiró hondo. Estaba cansado e impaciente, pero no le quedaba otra alternativa que subir los pisos caminando.

-Nada ni nadie me va a detener -pensó, mientras comenzó a imaginar la dulce voz y las caderas de su puta; las caricias que necesitaba para volver a cruzar la puerta principal, y poder así enfrentar la luz, sin tener que pelear contra las sombras que su cuerpo proyecta.

Subió el primer escalón y una extraña imagen pareció proyectarse en la oscuridad. No quiso detenerse a desentrañar los misterios que se ocultaban de la claridad. Creyó también ver dos ojos rojos, que se multiplicaban al compás de sus pasos.

Los pisos restantes se convirtieron en un calvario no previsto. Las piernas le pesaron aún más y su cuerpo le pareció casi inmanejable.

Tuvo que sentarse tres veces a respirar, para poder seguir subiendo los escalones. La oscuridad lo trituraba poco a poco y sentía mucha presión en la cabeza. Su cráneo podía haber estallado. Sus venas estuvieron varias veces a punto de decir basta porque no soportaban la alta presión de la sangre que corría.

Agotado llegó al séptimo piso. Golpeó tres veces la puerta porque esa era la señal. La puta, vestida con un corto camisón de satén negro y un portaliqas, le abrió la puerta y lo hizo entrar rápidamente.

Antes de saludar a su cliente, cerró bruscamente la puerta. Puso todas las trabas que tenía, dejando muy pocas posibilidades de que alguien ingresara por la fuerza. Después le dio un beso en la mejilla.

-¿Querés tomar algo? -fue la pregunta de la puta.

-Sí, algo fresco...

-¿Una cerveza?

-Bueno, acepto...

Trajo dos latas y una se la dio al gerente. Bebieron sentados en un sofá, sin pronunciar palabra alguna.

La boca de la puta no tardó en comenzar con su trabajo.

Primero le quitó el saco, luego la camisa y la corbata. Le besó el pecho y humedeció todos los vellos.

El cuerpo de la puta se movió a gran velocidad, pero con una cadencia muy suave. Debajo del satén negro, se podían ver los pezones erectos y los largos vellos de la entrepierna. Un cuerpo delicioso.

El gerente, envuelto en un placentero sopor, sólo atinó a suspirar, a gemir, a esperar que ella hiciera todo lo que deseaba. Todo lo que él esperaba por amor, pero sólo había conseguido por algo de plata.

Le bajó el cierre y sus caricias lo hicieron estremecer. Poco a poco, le quitó los pantalones. Con los dientes le sacó el slip y su boca no tardó en humedecer la entrepierna del gerente. El placer ya lo estaba venciendo una vez más.

Lo llevó hasta la cama. Lo hizo acostar y se sentó sobre su sexo. Un movimiento lento se convirtió en una desenfadada cadencia, que terminó en el orgasmo de ambos.

Ella también disfrutaba con ese cliente. Por eso lo cuidaba. Lo trataba bien y hacía todo lo posible para que las relaciones comerciales nunca terminaran. No sabía si era amor, pero se le parecía bastante.

El gerente cerró los ojos y ella no lo quiso molestar. Comenzó a dormirse y le pareció una imagen tierna, conmovedora. Se sintió cómoda al tenerlo en su cama.

Sonrió y pensó en lo bueno que sería poder conservar a un hombre en esas condiciones. Pero siempre despertaban.

CAPITULO XII

-Sus ojos buscan sensaciones y fantasmas dentro de mi mirada, quieren averiguar dónde se encuentra el botón nuclear que pueda hacer que la humanidad vuele en mil pedazos; me hablan en un idioma que no entiendo, o mejor dicho, que prefiero no entender; un idioma elaborado para que los dueños de nuestras vidas no se enteren de sus intenciones, de sus intereses, sus pretensiones. No sé si quiere hacerme parte de su plan o sólo intenta atemorizarme, no sé. Me entrega todas sus impresiones, se abre de par en par y deja que todo me inunde y me desborde la mente. Hay cosas que me sobrepasan y otras que me confunden; hago esfuerzos por no entender, agacho la vista y no puedo dejar de sentir la mirada que penetra en cada rincón de mi cuerpo; que me embiste y me desnuda, que me hace frágil e indefenso; me deja sin salida, sin escapatoria, sin horizontes, sin alternativas; me ahoga, me arrincona, me penetra...

-Pará, despertate -dijo la puta.

La transpiración cubría el cuerpo del gerente. Se había dormido y los ojos del ciego habían vuelto a aparecer en los sueños. Lo habían vuelto a arrinconar, pero esta vez en un mar inmenso y sin salida.

La puta lo había sentido delirar mientras estaba en la cocina y se apresuró a despertarlo. Tuvo que sacudirlo muchas veces para lograr que recobrar el sentido. Parecía fuera de sí y ella no estaba acostumbrada a verlo en esas condiciones.

El gerente miró la hora y se dio cuenta de que era tarde. Las explicaciones que le podía dar a su esposa, ya no servían. Nada justificaba la demora. Tendría que haber salido dos horas antes. Tuvo ganas de insultar a la puta, pero le pareció un poco injusto.

Dejó la plata sobre la mesa y huyó despavorido. La puta encogió los hombros y se dispuso a elegir la ropa que necesitaba para la noche.

El gerente tuvo que bajar por los escalones, porque el ascensor seguía descompuesto. La oscuridad lo perturbaba, pero no tenía otra salida. Apretó los dientes y se repitió que todo lo que estaba viviendo no era real, que era producto del stress.

-Me hacen falta vacaciones -se repitió hasta ganar la calle.

Ya era de noche y no había taxis ni remises por esa zona, porque era muy peligrosa. Tuvo que llamar uno desde un teléfono público, utilizando la última moneda que le quedaba en el bolsillo trasero del pantalón.

El auto no tardó en llegar y eso lo tranquilizó un poco. Subió y le indicó el camino al chofer, con voz temblorosa. Su casa estaba lejos y le dijo que se apurara.

Miró a través de la ventanilla la desolación de la noche y pensó que el suicidio no era para los cobardes.

Frente a su casa, pagó. Agachó la cabeza y trató de inventar una buena excusa. No encontró ninguna. Tampoco quería hacerlo. Estaba cansado de dar explicaciones. Estaba harto de que su esposa le reclamara cosas, aunque muchas veces tuviera razón.

Abrió la puerta y su esposa estaba dormida en la mesa del comedor. Lo había esperado con la comida y el sueño la había vencido. La despertó y la llevó a la habitación. Le dijo que durmiera que al día siguiente le explicaba porque se había retrasado.

Volvió a la cocina y no pudo comer. Tenía el estómago cerrado, se sentía una basura. Era una buena mujer y la usaba como a un trapo de piso.

La culpa comenzó a carcomerle los pensamientos y se tomó la cabeza, casi como un rictus repetido, como un rictus religioso, como un rictus de amargura.

Se quedó en la mesa y trató de poner su mente en blanco. Pero no pudo. Por su cabeza rondaban los ojos del ciego, el cuerpo de la puta, las piernas de su secretaria, la tristeza de su señora y una profunda angustia que lo trituraba.

Se quitó toda la ropa y la puso en un cesto. Se fijó cuidadosamente si había quedado algún resto del encuentro que había tenido horas antes con su puta. No encontró ninguno y se metió a la ducha tranquilo.

El agua caliente que corrió sobre sus hombros, le sirvió para aflojar parte de las tensiones. Trató que, ese momento de placer, fuera largo e intenso, capaz de ayudarlo a borrar todos los contratiempos de la jornada.

Se secó lentamente y se miró al espejo. Vio a un hombre vacío y triste. Nunca pensó que su rostro se iba a convertir en algo tan desolador, tan poco alentador para quienes buscan todavía alguna esperanza en la humanidad.

Se puso un slip nuevo y se fue a la habitación. Su esposa ya dormía y trató de no hacer ruido al acostarse. No quería despertarla. No podía enfrentar su mirada con la de la persona que decía amar, a la que le había prometido fidelidad eterna.

Trató de dormir pero no pudo. La noche pasó rápido, y, cuando se quiso acordar, ya tenía que volver a salir. No quiso despertar a su esposa y se puso lo que encontró a simple vista. Necesitaba huir de cualquier mirada acusadora.

Su esposa ya estaba despierta, pero prefirió continuar con la actuación. Ella tampoco quería enfrentar la realidad.

CAPITULO XIII

La mujer tardó en levantarse. No quiso ni ver la cara de su marido. Estaba harta de él y de sus excusas. No quería escucharlo más. No quería creer más en sus promesas. No quería sentir la atracción que sentía por él. No quería.

Se levantó nerviosa. Casi temblando. La casa estaba bastante ordenada y limpia, pero no tardó en ponerse a trabajar. A ordenar sobre lo ordenado. A limpiar sobre lo limpio. Eso le ayudaba a no pensar, a sentirse un poco mejor.

Logró sacar un poco de polvillo de los muebles y se mostró satisfecha.

-Yo sabía que había mugre -se convenció con una sonrisa y siguió limpiando.

Ordenó el cuarto, el comedor, el pasillo y todas las habitaciones que tenía la casa. No dejó ni un solo rincón sin repasar.

Cerca del mediodía, como no tenía hambre, se dispuso a lavar la ropa. La revisó toda y la fue metiendo al lavarropas. En el bolsillo de la camisa de su marido, encontró una poesía que hablaba de las preguntas y las repuestas. Le pareció muy absurda y la tiró a la basura. A ella toda la literatura le parecía muy absurda.

Mientras el lavarropas hacía su tarea, se puso a mirar por la ventana. Una tormenta se avecinaba y se preocupó enormemente. Comenzó a sentirse muy mal. No sabía bien qué le pasaba y no lo podía controlar. No podía entender por qué estaba tan nerviosa.

Todo el cielo se cubrió de negro y un triste pesar se apoderó de sus sentidos. Empezó a sentirse también descompuesta. No tardó en empezar a vomitar sobre todo lo que había limpiado y se desesperó aún más.

-Estoy ensuciando todo -atinó a decir-, qué barbaridad, qué van a decir de mí...

Agarró el trapo de piso y, pese a sentirse muy mal, limpió todo. No podía ver que el piso no estuviera en condiciones. Que no estuviera como ella lo deseaba. Que no estuviera como a ella le habían enseñado que debía estar.

Pese a refregar y refregar, no se convenció de que el brillo era el adecuado. Algo le faltaba para lograr la tranquilidad.

Las nubes cubrían la ciudad y ennegrecían su alma.

Sintió que alguna tragedia estaba por avecinarse. Sus abuelas, que eran del campo, siempre le habían contado raras historias sobre supersticiones, y ella nunca les había creído. Pero esa tarde todo la infancia se le estaba volviendo en contra. Sintió que los primeros años de su vida todavía la perturbaban. Sintió que esos pensamientos la iban a condicionar durante toda su vida, y sintió dolor.

Volvió a agarrar el trapo de piso y quiso limpiar aún más. No se conformaba con el brillo que había logrado minutos antes. No podía soportar que su casa no estuviera en orden, de que no estuviera como siempre lo había deseado.

Se dio cuenta que estaba descuidando el lavarropas. Lo detuvo mientras se agarraba el estómago, tratando de detener una profunda puntada que comenzó a taladrarla en lo más profundo. Una puntada que parecía producto de una certera puñalada.

-No es nada -se dijo y continuó trabajando.

La oscuridad comenzó a apoderarse de la casa. Las nubes parecieron instalarse en las habitaciones. Enormes remolinos de viento comenzaron a castigar las paredes de la casa.

Ella sólo atinó a buscar velas. Prendió una en cada habitación. Se sentó a la mesa de la cocina y trató de tranquilizarse.

La oscuridad comenzó a apoderarse de su mente. Las nubes parecieron instalarse en lugar de sus pensamientos. Enormes remolinos de viento comenzaron a sacudirla.

Ella sólo atinó a buscar respuestas. Le dio una a cada dolor. Se quedó sentada a la mesa de la cocina y trató de tranquilizarse.

Cerró los ojos. Bajó los brazos. Se dio cuenta de que le había llegado el final.

Entendió que era en vano luchar. Entendió que no podía contra esos impulsos. Entendió que la resistencia sólo alargaría la agonía.

CAPITULO XIV

El gerente salió de su trabajo dispuesto a llegar temprano a su casa. No quería hacer sufrir más a su esposa. No estaba dispuesto a dejar a las putas, pero por lo menos iba a tratar de que no se notara.

Tomó un taxi y, en el trayecto, sólo se detuvo a comprar un ramo de rosas.

-¿Lo quiere con tarjeta? -le preguntó el florista.

-Sí, por favor... -respondió secamente.

Luego le pidió una lapicera y en la tarjeta puso bien grande "Te Quiero". Pagó con lo justo y volvió a subir al automóvil. Retomó el viaje.

Bajó a media cuadra de su casa, porque no quería que su esposa sintiera el ruido del auto.

Entró sigilosamente por la puerta de atrás. Le extrañó no sentir ruido y pensó que su esposa estaba durmiendo. La buscó primero en todas las habitaciones. Después siguió por el lavadero y el parque.

Tardó bastante en llegar a la cocina. Pero no lo suficiente como para morir antes de encontrarse con la tragedia.

La imagen lo destrozó.

Sólo pudo arrodillarse ante el cuerpo inerte. No se animó a tocarlo. Las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos. Se quedó sin aliento, sin consuelo.

-Soy el único responsable -atinó a decir y cerró los ojos.

Quiso morir también él, pero su hora aún no había llegado. Hizo el esfuerzo y solamente logró desmayarse por algunas horas.

Cuando se despertó era de noche y el temor lo gobernaba.

Se arrastró hasta el teléfono y llamó a su secretaria. Le contó todo como pudo y volvió a desmayarse. Sintió que su esposa lo estaba acusando de la muerte.

La secretaria llamó a la policía y salió para la casa de su jefe. No tardó en llegar al lugar, pero no pudo entrar. Estaban todas las puertas cerradas.

Cuando los policías llegaron a la casa, forzaron la puerta delantera. Adentro se encontraron con la esposa muerta recostada sobre la mesa y con el gerente tirado junto al teléfono. Revisaron toda la casa y no encontraron rastros de lucha.

Pese a esto, detuvieron al dueño de casa y lo llevaron a declarar. A la esposa la trasladaron a la morgue judicial.

El gerente tuvo que esperar la autopsia para salir en libertad. "Muerte Natural", fue el epitafio y nadie lo desmintió. Nadie podía hacerlo. Sólo él podía decir que había algo más.

Al salir se encontró con los suegros. Sintió vergüenza, pero, por suerte, nadie le recriminó nada; no lo hubiera soportado.

Las lágrimas de sus ojos, conmovieron a los suegros. Nadie sabía que había detrás de sus lágrimas. Nadie sabía que había más culpa que tristeza en sus lágrimas.

-Ya preparamos la ceremonia -comenzó diciendo su suegra, con voz entrecortada-, perdoná porque no esperamos a que salieras, pero necesitábamos que nuestra hija fuera despedida por Dios. No podíamos dejar que la enterrasen sin ceremonia. Sabemos que vos no sos creyente, pero... bueno, creímos conveniente hacer la ceremonia. Me imagino que... bueno, no te opondrás...

-No -dijo resignado. Sabía que no podía negarse a nada. No tenía autoridad para decidir sobre una cosa u otra.

-Nosotros pensamos que era importante la despedida, aunque ella... aunque ella tampoco... -dijo el suegro, pero la tristeza lo doblegó y no pudo terminar con la frase.

Juntos caminaron hasta la puerta. Fue una procesión corta. El gerente quería que todo acabara rápido.

-¿Dónde es la ceremonia? -preguntó con poca firmeza el gerente.

-En el templo que está frente a la plaza -respondió la suegra.

-¿A qué hora?

-A las siete de la tarde.

Miró su reloj y faltaban dos horas. Estaba desorientado y no sabía qué hacer.

-¿Quieres venir a comer con nosotros? -preguntó la suegra.

-No gracias -dijo no muy convencido.

Los suegros pararon un taxi y se fueron. Él empezó a caminar hacia el templo. Lo hizo a paso muy lento.

Cuando llegó, se sentó en un banco de la plaza y se puso a observar todos los detalles de la fachada. Tres ángeles le llamaron la atención. No supo bien por qué.

Los ángeles estaban despintados, como todo el templo. Tenían un diseño poco común. Se notaba que un escultor los había hecho especialmente para ese lugar.

Todos señalaban a la puerta de entrada, pese a estar muy separados unos de otros. Tenían rostros difíciles de recordar. Con rasgos poco claros, pero llamativos.

Estuvo mucho tiempo mirándolos, hasta que la llegada de los invitados al banquete, lo sacó de su observación.

Siete menos cuarto abrieron la puerta del templo y la ceremonia no tardó en comenzar.

CAPITULO XV

El cortejo fúnebre estaba escasamente acompañado. No todos los parientes se habían enterado del suceso. Por suerte para el gerente, que no quería ver mucha gente, que no quería oír ningún lamento, que no quería oír las palabras del pastor.

Con los dientes apretados, se mantuvo en pie hasta el final de la ceremonia. Fue una dura lucha, pero lo logró.

Lo que no pudo hacer, fue quedarse a saludar a los parientes. Huyó rápidamente, cuando el rito terminó. Casi corriendo.

Después de algunas cuerdas, entró a un bar oscuro. Pidió un té con medialunas. No comía desde hacía varias horas.

Agachó la cabeza. Comenzó a pensar y se sumergió en el dolor. Sus músculos se entumecieron y su mente comenzó a perseguirlo. Nunca podría perdonarse todas las veces que hizo sufrir a su esposa. Hubiera preferido remediarlo en vida, pero no tuvo tiempo, el destino no se lo concedió.

Bebió de a sorbos y comió lentamente. Dejó una medialuna. El estómago estaba casi cerrado.

Las ventanas del lugar lo amenzaban y lo acorralaban. Todo le parecía trágico. La muerte. La vida. La oscuridad que lo rodeaba. Las caras resignadas que siempre concurren a los bares. Los mismos borrachos y los mismos mozos.

-¿Desea algo más?

-No, gracias... ¿cuánto es?

Fue la corta charla que mantuvo antes de despedirse, antes de que el mozo le trajera la factura en silencio, antes de que él pagara en silencio.

No dejó propina. Nunca lo hacía. No se sentía culpable por no hacerlo.

Salió del bar sin mirar hacia atrás. Comenzó a transitar la vereda. Pateó algunas piedras y rió estúpidamente como lo podría hacer un condenado antes de la ejecución.

No se detuvo en ningún lugar. Nada justificó que lo hiciera. Sus pensamientos evocaron la llegada a su hogar. Quería regresar a su refugio y olvidarse del mundo. Pero tenía miedo de no poder soportar la ausencia.

El trayecto hasta su hogar, se le hizo más corto. Hubiera querido que fuera más largo, o que durara hasta el final de su vida, para que la antesala de su muerte fueran solamente esas calles tristes.

Frente a su casa, un frío escozor lo recorrió. Miró el parque, todo estaba en orden. Miró cada detalle, todo estaba en orden. Cada fracción del frente de su querido refugio, todo estaba en orden.

Deseaba que todo estuviera en su lugar, como lo estuvo en todos sus años de matrimonio. Como, casi siempre, lo había logrado.

La imagen de su esposa llorando se posó por algunos segundos en su mente. Mordió los labios y trató de borrar esos ojos reclamándole cosas. Recriminándole no haber sido feliz a su lado.

Cuando se tranquilizó, respiró profundamente.

-Lo hecho, hecho está. Sólo puedo modificar el futuro, y hasta por ahí nomás. Lo que trataré de hacer es no joder a nadie más -se dijo antes de ingresar a su casa.

Abrió la puerta, tocándose el pecho. Entró y no tardó en cerrar la puerta.

Se dio media vuelta y caminó pausadamente.

Pese a todo, estaba tranquilo, como si previera lo que iba a ocurrir al llegar a la cocina.

Su mujer lo estaba esperando con la comida caliente. Se quedó sorprendido, pero no quiso romper con ese momento mágico. Se sentó y comenzó a comer.

-No hay mejor manjar que el que puede hacer las manos de mi amor -pensó, mientras su amada lo besaba en el cuello.

No podía creer lo que estaba pasando. No podía creer que iba a tener una nueva posibilidad. Se alegró enormemente.

No quiso preguntarse qué pasaba. No podía soportar una respuesta que no lo conformara. Siguió la actuación y disfrutó del momento.

No hubo charla en la temprana cena, sólo algunas escasas caricias. Ella no habló y él no quiso preguntarle nada.

Ella lavó los platos y se fueron a dormir en silencio. Ella se acostó del lado que le correspondía y él sólo la miró. Ella cerró los ojos y él no tardó en hacer lo mismo.

A la mañana siguiente, el gerente miró a su costado porque pensaba que todo había sido un sueño, pero su esposa estaba rozagante y respiraba. No la quiso despertar. Le dio un beso en la mejilla y se levantó.

Desayunó y se fue contento.

En el trabajo, nadie entendió por qué no estaba sufriendo por la muerte de su esposa. Nadie le preguntó nada.

CAPITULO XVI

El día del gerente pasó sin sobresaltos.

Lo que único diferente fue que todos lo trataron bien por la muerte de su esposa. No entendían porque había ido a trabajar, teniendo además un par de días por duelo. Algunos, los menos, pensaban que estaba contento por su muerte.

No miró con libido a la secretaria. No trató mal a ningún cliente. Hizo todo el trabajo con una sonrisa en la boca.

Música de fondo acompañó la jornada.

Cuando salió del trabajo, no se detuvo en ningún lugar. Caminó rápido para no hacer esperar a su esposa. Quería mostrarle que la amaba.

Entró a su casa. Pudo apreciar una imagen repetida hasta el hartazgo y se puso contento. Todo estaba otra vez en orden. Su esposa estaba cocinando. La mesa estaba puesta. Una sonrisa le daba la bienvenida.

El gerente no tardó en darle un abrazo a su esposa. Fue caluroso y lleno de ternura, así lo creyó él mismo.

-No puedo creer lo que me está pasando. Amo a mi mujer, ella me ama. Está solamente para mí, para cada vez que vuelva del trabajo. La amo más que nunca. La amo. Estoy totalmente perdido por ella -se dijo, mientras se lavaba la cara en el baño, antes de comer.

Dudó por un segundo si todo aquello podía ser verdad.

-¿No estaré enloqueciendo? No. El mundo está loco, todos me quieren hacer creer que mi amor está muerto. No lo van a lograr. Mis ojos no me pueden engañar: ahí está ella, siempre fresca, siempre esperándome. Ahora que tengo la posibilidad de demostrarle que la amo, no voy a desperdiciarla.

Salió del baño y se sentó en la mesa. Comió lentamente y miró de reojo a su esposa. Una sonrisa cómplice enterneció la imagen.

Siguieron sin hablar. Ella preparó café. Él levantó los platos y los puso en la piletta.

No tardaron en volver a sentarse a la mesa y, mirándose como animales en celo, bebieron rápidamente el café.

Se empezaron a besar. Fueron frenéticos y desesperados besos. Hacía tiempo que él no vibraba de esa manera.

No tardaron en dirigirse hacia la habitación. La ropa fue quedando en el trayecto. Las lenguas húmedas se fusionaron.

Desnudos en la cama, se tocaron con suavidad. Se rieron y parecieron haber recuperado el amor que habían sentido.

Antes de que comenzara la consumación del coito, ella lo detuvo, lo miró a los ojos y le reveló un terrible secreto.

-Nunca amaste a nadie. Te acostaste conmigo, como lo pudiste haber hecho con otras tantas. No fui más que un cuerpo que te ayudó a aplacar la perturbante presencia del instinto. Un vaciadero. Sólo buscaste tu placer, como lo estás haciendo ahora.

Antes de pronunciar la última frase y desaparecer, lo hizo retroceder arracándose el rostro, los senos y las caderas

-Pocas personas aman de verdad...

CAPITULO XVII

*Pocos oyen el rumor de la madrugada,
pocos comprenden el significado
de desear siempre lo inalcanzable.*

*Me ato de pies y manos contra la antorcha.
Siento una Venus recorriendo mi conciencia.
Mis pensamientos se consumen rápidamente.
Unas viejas ríen desenfrenadas. Unas pocas.
Nadie se siente parte del universo.*

*El fuego no tarda en confundirse con pasión.
El agua no tarda en ahogar a la humanidad.*

La puta encontró una poesía entre los billetes del último cliente que había requerido sus servicios.

El polvo había sido bastante malo. Aunque la eyaculación tardó lo suficiente como para hacerla calentar, no hubo una cadencia que la hiciera sentir. Eso ya no le importaba demasiado, no era una de sus principales preocupaciones.

Le gustó la poesía y la quiso compartir con una de sus compañeras más queridas.

Rosi leyó en voz baja, mirando fijamente el papel.

-Qué boludez -dijo a secas cuando terminó, y se cagó de risa-. ¿A vos te gustan estas cosas que escriben los pajeros que vienen a cojer acá?

La puta la miró fijó. No aguantaba esa agresión. Sintió que ella no tenía derecho a decirle nada.

-¿Por qué no te vas a la mierda? -Le respondió-. ¿Quién carajo te crees que sos...?

-Bueno... no es para tanto. No te enojés, te lo dije de onda, ¿me entendés?

-Está bien -fue la última frase entre ambas.

La puta se fue a llorar a la habitación. Rosi, divertida por el daño, se fue a la barra a buscar algún buen punto.

La noche no era extraña. Era igual a todas las demás. No hacía calor ni frío, estaba templado y un poco húmedo.

Pocos autos transitaban la ciudad. Una ciudad igual a todas las demás. Ni fría ni calurosa, templada y un poco húmeda.

Esa noche, sin embargo, el bar estaba muy concurrido. La Madame del lugar estaba contenta, porque iban a hacer una diferencia. Los tiempos estaban muy duros y esos días no había que dejarlos pasar así nomás. Había que explotarlos al máximo.

Recorriendo las habitaciones, la Madame encontró a la puta llorando.

-¿Qué carajo te pasa? -le preguntó.

-Rosi siempre me insulta -respondió.

-Dejate de pavadas...

-No son pavadas, y no te metas en mi vida...

-Andá a laburar puta de mierda, ¿no te das cuenta de que hoy es una noche ideal para hacer dinero y llegar a fin de mes más holgadas? Dale mové esas cachas...

La puta no respondió. Agarró sus cosas y emprendió la retirada del bar. No aguantaba más que la trataran mal por dos mangos.

Cuando estaba marchándose del lugar, sintió un "no vuelvas más" de la Madame, pero no le importó.

Los hombres del bar, al verla pasar, le gritaron cosas.

-Pajeros de mierda -les dijo con mucha bronca y sólo despertó la risa de la mayoría de los dueños de su cuerpo. La mayoría ya había posado las manos sobre su piel y habían obtenido un recuerdo imborrable.

Cerró la puerta bruscamente y no se la vio más esa noche. Rosi, apoyada en la barra y con la mano de un cliente en su teta, se rio y sólo pensó que ella era una boba porque se iba a perder la posibilidad de hacer un mango más esa noche.

-Qué se joda -pensó.

Rosi agarró al cliente de la mano y lo llevó a la habitación. Ya habían fijado el precio y estaban de acuerdo. Un solo polvo, con opción a uno nuevo si ponía la mitad de lo que había pagado para el primero.

CAPITULO XVIII

Los gritos del cliente fueron apagados por la fuerte música del lugar. Lo que no pudo ocultarse, de ninguna forma, fue la cara de miedo del hombre. Esos gestos de horror que sólo pueden surgir de algunas visiones.

Él y Rosi habían estado mucho tiempo en la habitación, pero nadie supuso que podía haber ocurrido una tragedia. Era más fácil que surgiera un amor poco duradero, basado en promesas falsas de ambas partes. No iba a ser la primera vez que le pasaba esto a Rosi.

La mirada desorbitada del cliente asustó a la Madame. Conocía de hombres, pero jamás había visto algo así. Dos ojos tan fuera de sí.

-Cuando estábamos cojiendo, me empezó a hablar de la necesidad inacabable del final y su cuerpo se fue poniendo cada vez más rígido -comenzó diciendo el hombre-. Sentía cómo me apretaba, y una mezcla de dolor y placer se posó en mi mente. El polvo se fue haciendo interminable y sentí que mi cuerpo no podía detenerse. Era locura y frenesí. Buscábamos enloquecidos el orgasmo. Ella me pedía más y gritaba. Sudábamos. Era un espectáculo bello. Eran dos colosos buscando el final.

La Madame lo agarró entre sus brazos y trató de calmarlo. Hizo que apoyara su cabeza entre sus grandes senos y lo consoló. Le hizo sentir las caricias que su madre siempre le había negado durante años.

En sus brazos, lloraba desconsolado. La imagen era el centro de atención del bar.

-Asesino, hijo de mil puta... -vino diciendo una de las compañeras de Rosi.

-No, por favor, no piensen... -se atajó el cliente, sintiendo a la vez que su madre volvía a quitarle el cariño que nunca le había dado. Los senos de la Madame volvieron a ser sólo los senos de la Madame.

-Asesino, asesino, asesino... -repetieron la expresión todas las prostitutas.

Cuando convirtieron la situación en bandera de reivindicación, se lanzaron contra el cliente. Estaban furiosas. Iban a hacer con un hombre lo que siempre desearon hacer con un hombre.

Lo destrozaron con una furia inigualable. Los espectadores de la pelea no quisieron meterse. Sabían que no podían hacerlo, porque esa ocasión era una causa justa de las trabajadoras. Una reivindicación del sexo femenino.

Terminado el trabajo, las prostitutas se miraron las manos y encontraron sangre. Sintieron que habían estado dominadas por una fuerza superior, en el momento del brutal asesinato.

Algunas comenzaron a sentirse mal, y otras, directamente, se desmayaron.

La policía no tardó en llegar.

-Todos quietos contra la pared, con el documento en mano -fue la primera orden.

La requisita tardó horas en terminar, teniendo en cuenta que había dos víctimas fatales, más de quince imputadas en un crimen y cerca de cien testigos de todo lo que había ocurrido aquella trágica noche.

El sumario fue caratulado como "Doble Homicidio" y las imputadas fueron todas las prostitutas y la Madame. Los hombres tuvieron que salir de testigos y no les faltaron los problemas en sus casas.

Una vez hecha la autopsia en ambos cuerpos y de registrarse los causales de los decesos, los familiares de las víctimas se dispusieron a velar los cuerpos.

Hablaron con el pastor y le preguntaron si no tenía inconvenientes en llevar a cabo la ceremonia, pese a que habían muerto "protagonizando una situación vergonzosa que había tomado estado público", le aseguraron.

El pastor no dudó en realizar la ceremonia. Ni siquiera tardó mucho en darles una respuesta afirmativa.

La única compañera que se presentó a la ceremonia fue la puta del gerente. Ella la quería mucho y sentía un gran dolor que la despedida entre ambas hubiera estado dada por una absurda conversación.

No podía perdonarse que, aquella noche, no la había comprendido a su amiga.

-¿Qué obligación tenía de entender la poesía, o de verla como linda o buena o lo que fuera? -se reprochaba constantemente.

El pastor sintió una profunda atracción por esos ojos, inundados en lágrimas y envueltos de una profunda tristeza. Se esmeró en dar un buen sermón para que esa mujer lo mirara, al menos, una vez.

Lo atraía esa tristeza que surgía de lo irreparable. De lo que jamás iba a poder sacarse de encima, aquello que, como su niñez, la iba a condicionar por el resto de sus días.

CAPITULO XIX

El gerente no pudo olvidar a su esposa, pero tampoco a su puta.

Esa tarde estaba triste. Hacía un mes que había fallecido su esposa. Hacía más de un mes que no visitaba a su puta.

Sentía mucha vergüenza y pena de sí mismo. Vergüenza porque su esposa había sufrido hasta los últimos días de su vida. Pena porque, pese a creer que siempre había vivido a fondo, no era para nada feliz.

Ese día esperó ansiadamente el horario de salida. Quería ver a su puta. Quería ver nuevamente sus manos recorriendo ese cuerpo. Quería sentir las manos de ella acariciando su piel y jugando con su pelo. Estaba impaciente.

Su secretaria le pasó una llamada.

-Hola, ¿quién habla?

-...

-Hola...

-...

-Hola, la reputísima madre.

Colgó el teléfono bruscamente. Era bastante común que alguien llamara y, antes de hablar, cortara, pero ese día no pudo soportar nada. Todo le molestó profundamente.

Cuando llegó la hora de irse, no perdió un segundo. Bajó rápido hasta la puerta del edificio. Paró un taxi y le indicó la dirección.

Miró la ciudad con mucha bronca. Sintió ganas de matar. Pensó que, alguna vez, debería vivir lo que viven los asesinos en los momentos más sublimes. Conocer el momento de la consumación del hecho, el fuego corriendo por sus manos, la sangre dándole claridad a las oscuras cavernas.

Miró a todos los hombres y sintió repulsión. Les tenía compasión, envidia, admiración y odio a todos, no podía soportar que fueran tan mediocres como él, inmersos en una marea que no los conduce a nada.

-Llegamos...

Pagó y bajó del auto. No estaba contento, pero lo dominaban unas locas ganas de llegar hasta el séptimo piso.

Esta vez, el ascensor andaba. No tardó mucho en estar frente a la puerta del departamento de su puta.

Golpeó suave.

La puerta se abrió.

Ingresó en silencio. Miró las piernas de su amada. Estaba de portaliñas. Se saboreó. Se sentó a un costado. Observó todo los detalles. Trató de que nada se le escapara. Quiso conservar esa imagen.

La danza de los animales en celo no tardó en llegar. Ella realizó una excelente actuación, él se la creyó.

En el momento de la eyaculación, figuras sacudieron la mente del gerente. Sintió un universo abriéndose paso entre dos seres aislados. Un universo fracturado en mil pedazos, imposible de poder rearmar.

Las sensaciones lo destrozaron. No pudo más que tirarse a un costado de la cama y llorar desconsolado.

La puta empezó a sentir que la casa estaba siendo invadida. Una sensación de agobio le hizo recordar su adolescencia, el momento en el que huyó de su casa.

La escena se fue llenando de un silencio que los sumergió en una inexplicable depresión.

Pasaron varias horas hasta que la imagen recobró movimiento.

El gerente se levantó como pudo de la cama. Se lavó la cara y agarró su ropa. No quiso mirar a la puta, pensó que quizás encontraría esos ojos que lo marcaron a fuego. No tenía el valor suficiente como para afrontar nada.

La puta le pidió por favor que se quedara, pero él ya había tomado la decisión: una vez más, intentaría huir de esos ojos.

CAPITULO XX

El templo estaba repleto.

La fecha siempre convocaba a grandes cantidades de gente. Ese día no había sido la excepción.

Las almas se habían reunido para la cena. Las almas querían ser parte del festín.

Los comensales apostados en la mesas, como buitres, devoraban el manjar que los padres habían negado a sus hijos.

Las negras estatuas caían sin piedad ante el sórdido sonido del viento.

Los fugitivos no tardaron en llegar.

El templo estaba repleto.

La fecha siempre a grandes cantidades de gente. Ese día no había sido la excepción.

Estaban hasta la puta y el gerente.

Después se habían reunido las chicas y los chicos de las grupos juveniles, las viejas y los viejos de siempre, los representantes de las instituciones y distintos ciudadanos de la comunidad, que concurren a este tipo de lugares empujados por las oscilaciones que se producen alrededor de la angustia, la soledad y el suicidio.

La ceremonia transcurrió con normalidad hasta que la puta miró al gerente, en el mismo instante en que éste observaba fascinado al pastor, que no dejaba de deslumbrarse con los ojos de la puta.

En ese momento, las tres cabezas quedaron fijadas en esa posición y un extraño cuerpo pareció aplastar a los presentes.

La puta comenzó a jadear.

El gerente no pudo parar de sudar.

El pastor se enfervorizó en el sermón.

-Mirando a nuestro alrededor descubrimos ataúdes, pozos que se abren antes nuestros pies como universos inalcanzables, imágenes de seres inconcebibles para nuestros pobres y resignados espíritus. Todo lo que nos rodea, las cosas materiales y las sensaciones, nos parecen tan reales que no podríamos dudar de todo aquello si no fuera porque nos enseñaron que lo enseñado es lo único verdadero. Los torbellinos que existen en algunas almas son tan palpables como una roca que podemos tocar y sentir. Nada es más trágico que sentir la cruel verdad. No somos más que seres deshonestos. Debemos siempre explicar todo para creer lo que ya penetró por nuestros poros como una espada fría que entra en la carne y permite que la sangre acumulada produzca una atractiva catarata. No somos más que seres deshonestos, tratando de ser honestos. Pero no podemos, siempre, en mayor o menor medida, terminamos recurriendo a argumentos poco verdaderos para el momento que estamos viviendo. Sabemos que lo que fue verdad ayer, quizás no lo sea jamás. Ningún día es igual, ninguna catarata puede realizar todos los días el mismo recorrido, ni siquiera lo puede llegar a realizar dos veces de la

misma manera. Pero los seres humanos lo intentamos inútilmente y no aprendemos la lección que se presenta ante nuestros ojos. Insistimos y nuestras hermosas verdades se terminan convirtiendo en torpes e incómodas mentiras, que nos agobian y nos hacen sentir más lejos aún y más solos en un mundo donde pocos se animan a reconocer...

Dejó la frase a medias. La gente estaba yéndose.

-No se vayan, -dijo, casi gritando- escuchen, escuchen... lo único que podemos hacer como venganza es no creer, renegar de todo lo que nos quieran imponer como natural, como dado, como lo que sea. Nuestra venganza es no creer, contaminar todo intento de construcción que nos pueda llegar a ahogar... por favor, escuchen...

El templo había estado repleto. Pero nadie había querido escuchar.

La fiesta de la depredación es parecida al sentimiento religioso que nos lleva a eliminar todo aquello que nos molesta. Nada puede estar más allá de los caminos que nos permiten llegar a destino seguro. Nada puede inducirnos a la hermosa tentación de terminar con el cauce de nuestra asquerosa vida. Nada puede inducirnos a la hermosa tentación de terminar con el cauce de otras asquerosas vidas.

Los comensales apostados en la mesas, como hienas enceguecidas, habían devorado el manjar que los padres negaron a sus hijos.

2º Parte

CAPITULO I

MACABRO HALLAZGO

La soledad llevó a un hombre a quitarse la vida.

Un hombre de 61 años de edad fue encontrado sin vida el pasado jueves 1º en su hogar, merced a un disparo de un arma calibre 32 corto que él mismo se proporcionó en su boca.

Según narraron vecinos del lugar, Oscar Marcelino López vivía solo desde algunos meses en su domicilio Algarrobo 1372 de nuestro medio, debido a que su esposa e hijos lo habían abandonado.

A raíz de la denuncia a la Comisaría local, personal de dicha dependencia se apersonó en el lugar y encontró al individuo recostado en su cama con gran parte del cráneo destruido a raíz del impacto de bala.

Moradores del lugar narraron que López se había aferrado a la bebida a raíz de su soledad, por lo que es de suponer que la depresión lo llevó a tomar la drástica decisión.

Lo único que se encontró entre sus ropas fue un fragmento de una poesía que decía: Los árboles quietos al borde del camino / nos indican el inmutable transcurso del tiempo; / sensaciones atemporales que quien sepa / esperar una eternidad podrá hacer propias. / Ya no hay nada que nos quite la pena, / no hay música de fondo que altere nuestro estado de ánimo./ Transitar en la vida sin sentido será cotidiano y ¿doloroso? Tal vez no.

Se instruye de este modo sumario por Suicidio, con la intervención del Juez en lo Criminal y Correccional Marcelo Torres del Departamento Judicial de la ciudad.

La noticia apareció perdida en un importante diario de la zona. No llevó foto, pese a que el periódico solía poner las imágenes más trágicas. Ocupó un espacio de dieciséis centímetros.

Sin embargo, días más tarde, logró otra trascendencia. Fue levantada por varias radios y todas las agencias de noticias de la zona.

Se hizo hincapié en la poesía.

Algunos criticaron que no tenía sentido poner esos versos, en cambio otros se pusieron a favor y dijeron que "esto sirve para graficar el hecho". Mientras hubo personas que informaron el episodio sin darle demasiada trascendencia, otras armaron mesas de debate para discutir sobre "el arte en los momentos más trágicos".

Todas pelotudeces.

CAPITULO II

*Un mar se abre ante mis pies,
como una revelación no deseada.*

*Un mar se pierde en mi mente,
como una forma más de ahogarme.*

*Huir sin dirección para volver
siempre al mismo lugar y sufrir.*

*Huir siempre para volver
a uno mismo y no poder escapar.*

*Ninguna trinchera podrá protegernos
de la llegada de los monos.*

CAPITULO III

El jadeo de la puta fue casi perfecto. Nadie hubiera dudado del orgasmo, si no fuera porque ella casi nunca acababa con ese cliente.

Era el sexto de la noche y estaba harta de decir siempre las mismas cosas para que los tipos no se fueran sabiendo la verdad de sus miserables vidas. Para que no descubrieran, al menos hasta la muerte, que sus vidas nada valen.

Sabía, además, que la verdad no es rentable. Al menos esa verdad.

-Ni siquiera sirven para hacer gozar a una mina -pensaba la puta, mientras jadeaba y un cuerpo flácido se mostraba muy excitado sobre su espalda, reproduciendo en su alma ese peso de la vida que jamás pudo sacarse de encima.

-¿Acabaste? -fue la pregunta del tipo.

-Sí, mi amor...

-¿Me lo decís en serio?

-Sí, para qué te voy a mentir...

-¿En serio?

-No seas tonto, cualquiera gozaría con vos.

Silencio.

-Viste cómo te cojo. Siempre supe que era bueno para estas cosas. ¿Qué es lo que más te gusta de mí? ¿Qué fue lo mejor de hoy? -dijo el tipo minutos más tarde.

La puta no aguantó más.

-La verdad que me cojés como si fuera una foca muerta, y encima te creés que sos bueno. ¿Por qué no te vas a la concha de tu hermana?

El tipo montó en cólera.

-Si no te cojo bien, por lo menos, te voy a romper los huesos.

Empezaron los escasos forcejeos, hasta que la puta lo agarró de las muñecas y le dijo:

-Encima, sos tan débil que no podés ni cagarme a palos... Mariquita rajá de acá antes de que te rompa todos los huesos, yo o los de seguridad, ¿entendiste?

-Putade mierda... -dijo el tipo, tras lo que recibió un zapatazo en la cabeza, y nunca más asomó sus narices por la habitación.

La puta se dirigió al baño dispuesta a pegarse una ducha. Pero, antes de entrar, se miró al espejo y se sintió atraída por esa imagen.

Una mezcla de horror y excitación, la envolvió. Percibió que "del otro lado" había un universo paralelo. Ni mejor ni peor, paralelo, distinto.

Las preguntas comenzaron a invadirla. Se sintió perpleja por la revelación y supo que, si por alguna razón el espejo era destrozado, su universo también iba a terminar, porque ambos se necesitaban para existir.

Comenzó a reír y, dándose vuelta, empezó a buscar algo que sirviera para hacer añicos ese universo paralelo.

Agarró el velador y lo estrelló con mucha fuerza en el espejo. La habitación quedó regada de pedacitos de vidrios.

Descubrió, inmediatamente, que su universo no había muerto, sino que, de ahora en adelante, iba a estar más fragmentado.

Se puso a llorar. ¿Cómo haría para volver todo atrás?, se preguntó.

Ya era demasiado tarde para intentar que su vida no estuviera regada por la habitación, por las habitaciones oscuras e impregnadas de mal olor.

Ya era demasiado tarde para todo y quería dormir.

En ese instante, supo la verdad.

Su universo ya estaba destrozado desde hacía muchísimos años, desde la negación de la primera caricia que la condenó a buscarla torpemente y con interminables errores. Supo que lo único que hizo esa noche fue un vano intento de hacer más real la imagen que le devolvía ese espejo.

Se tomó la cabeza y buscó su rostro en los pedacitos de espejo que estaban diseminados por el suelo. Encontró insignificantes referencias de su vida, pero nada que la consolara. Nada que la hiciera sentir bien.

Ya no podía volver atrás, pensó. Juntó sus cosas y decidió que, por esa noche, la tarea estaba concluida.

CAPITULO IV

En la calle, la puta no encontró ni a una sola persona. La ciudad parecía sin alma.

Restos de escombros desparramados por todas partes, comenzaron a aterrarla. Pero no quería volver al prostíbulo.

Un leve temor se fue convirtiendo en pánico.

Apuró el paso hasta convertirlo en una desenfrenada corrida. Sintió que el corazón latía cada vez más rápido, pero no pudo hacer otra cosa, estaba muy asustada.

Su vista comenzó a empañarse y las calles le parecieron todas iguales. No logró descifrar en que parte de la ciudad se encontraba, pese a haber recorrido una escasa distancia. Tenía la cara empapada de sudor e impregnada por una color opaco.

Redobló la velocidad y una puntada en el pecho la obligó a detenerse en una esquina. Se apoyó contra el poste de un teléfono, bajo una luz tenue que, mezclada con la neblina, daban a la noche un telón casi fantasmal.

Estaba muy agitada y respiraba con muchos problemas. No tardó mucho en empezar a toser y a sentir una fuerte puntada.

-Tengo que dejar de fumar, me está matando -se dijo, mientras sacaba de su cartera un atado de puchos y una mueca curiosa se le posaba en la cara. Sobre ese cara extraña, donde nada podría parecer demasiado extraño.

Prendió un cigarrillo y comenzó a echar humo. No logró tranquilizarse. Encendió uno tras otro hasta hallar algo de calma. Algo...

Levantó la vista y siguió sin ver a nadie en las calles. No había ni animales sueltos, ni autos, ni hombre sueltos, ni nada que produjera algo de movimiento en esa oscura y húmeda noche. En esa noche que la tenía atrapada y no le dejaba ver en donde estaba con exactitud.

Se sentó en el borde de la vereda y, ya un poco más distendida y sin esa mueca que se le había posado instantes antes, trató de situar en qué parte de la ciudad se encontraba. No había carteles que le indicaran el nombre de esas calles, pero reconoció un edificio que se encontraba adelante de sus ojos. Allí ella iba de niña con sus amigas. Recordó momentos gratos y otros que no tanto. Recordó mucho. Esas horas donde la eternidad era casi un juego. Donde nada podía prever lo que más tarde, con el paso de los años, le iba a ocurrir. Donde nada podía predecir que ella iba a terminar trabajando de puta por unos roñosos mangos.

A partir de ese punto de referencia, revivió gran parte de su infancia y supo que estaba a siete cuadras del prostíbulo y a treinta y tres de su casa.

No había dudas de que se había desviado, porque veinticinco cuadras separaban el prostíbulo de su casa.

-Qué boluda que soy -se reprochó, pero una sonrisa la ayudó a tomar las cosas de otra manera.

Antes de comenzar con el nuevo peregrinaje, descansó unos minutos más y se fumó el último cigarrillo que le quedaba en la caja.

-Seguro que no hay un puto kiosco abierto- vociferó. Y era cierto.

Comenzó a caminar, atenta a cualquier señal que le pudiera indicar la presencia de un lugar donde comprar cigarrillos. Podría ser un kiosco, una estación de servicios, un bar, cualquier negocio. O, tal vez, alguien que le diera uno, por lo menos.

Nada de esto apareció pese a la gran cantidad de cuadras realizadas.

Lo único que apareció ante su vista, pero sólo para sacarla nuevamente de la tranquilidad, fue ese rostro duro que la atemorizó desde el comienzo de su vida; ese rostro que intuyó que siempre la acompañaría por el resto de sus días, hasta el último puñado de tierra.

No fue miedo lo que tuvo, fue angustia y espanto. Esta vez no apuró el paso, porque sabía que no podía escapar, pero trató de no perder el rumbo.

No tardó mucho en llegar a su casa. Tomó el ascensor y el rostro se le repitió en todos los pisos que dejó atrás.

Entró a la casa y todo estaba en orden. Por suerte.

Supo, en ese instante, que hay noches en las que la angustia alivia las penas y la desesperanza ayuda a sobrellevar la carga de la existencia.

Cuando se metió en la cama, se tapó la cabeza y esperó ser devorada.

CAPITULO V

Cuando la puta abrió los ojos, el sol ya estaba muy alto. Le dolía la cabeza de tanto dormir y pensó que sería bueno no ir a trabajar ese día. Todo lo que había ocurrido la noche anterior, todavía le rondaba en la cabeza y prefería descansar.

La habitación estaba completamente desordenada. Lo que más se destacaban eran las distintas prendas de lencería se encontraban diseminadas por cada rincón del departamento.

Un corpiño se posaba desafiante sobre el portarretratos de sus padres, que tanto le habían enseñado sobre moral y buenas costumbres. Esos padres que le habían hecho repetir consignas que supuestamente le iban a servir para el resto de sus días. Esos padres que prefirieron decirle cómo se debía vivir en vez de compartir la vida con ella. Esos padres...

"Acá voy a morir aplastada, chata, como ustedes", les dijo antes de irse de su casa. Y no volvió más, y no los vio más. Y ella esperaba que le dijeran "te queremos, quedate", pero nada de eso ocurrió, sino que sólo recibió un "ya vas a volver" de su padre y algunos llantos de su madre.

Antes de partir de su casa, guardó algunas fotos de su infancia y se llevó toda la ropa que tenía en su armario. Ese año había terminado el secundario y pensaba que podía seguir estudiando una carrera universitaria, pero ni siquiera terminó el primer año de periodismo.

Los primeros meses afuera de su casa, los pasó en lo de una tía hasta que consiguió laburo como mucama en una pensión, donde le daban un pequeño sueldo y una habitación. Fueron muy duros esos tiempos, le costó acostumbrarse.

Cuando creyó estar preparada para enfrentar el ritmo depredador de la civilización, empezó la facultad. Esos primeros meses fueron muy buenos. La alegría de los que recién comenzaban, las esperanzas, las expectativas, todo era maravilloso...

A mitad de año le rebajaron el sueldo de la pensión porque le restaba tiempo a la limpieza y un mes más tarde la echaron.

Desesperada, y sin ganas de volver a la casa de sus padres o a la de su tía, visitó a una vecina de la pensión que ejercía la prostitución para pedirle ayuda. Era una cuarentona que recibía hombres mayores de sesenta años. A ella le contaba todas las aventuras de la profesión. Se habían hecho muy amigas y le había dicho "cualquier cosa veme".

Cuando llegó a la habitación, tuvo que esperar porque estaba con un cliente. No tardó mucho sin embargo y en pocos minutos estaban sentadas en la cama charlando.

-No me digas nada, ya sé por lo que venís... -le dijo de entrada, conocedora de la cara de las jóvenes decepcionadas- No te preocupes, hay muchas que empezaron como vos... por un tiempo, te podés quedar acá... tenés que entrar de noche para que no se enteren de que estás.

Con tono muy maternal trató de hacerla sentir bien.

-Yo te voy a enseñar todo y si tenés suerte, no como yo, por ahí, de grande, te podés retirar con algo de dinero... y descansás.

Hasta hoy recordaba esas palabras. Esas palabras de madre que sólo intenta que la verdad no destruya a sus hijos.

Hoy ya sabía que esa charla había sido una gran mentira.

La cuarentona sabía que la prostitución por poca plata es un camino de ida y no se lo había querido decir para no hacerla sentir mal.

Los primeros trabajitos los hizo a través de ella.

Cuando se animó salió a la calle, siempre resguardada por el "sindicato", como las prostitutas llamaban a la policía que las protegía por un importante porcentaje de su trabajo.

Pero las cosas se pusieron muy duras y la persecución la comenzó a asustar. Así que estuvo unos meses con poco trabajo, hasta que entró al prostíbulo más importante de la ciudad. Lo hizo recomendada por la cuarentona, que conocía a la Madame.

Allí no le fue tan mal. Desde el comienzo, su cuerpo, atrajo a muchos clientes y en poco tiempo pudo alquilar un departamento. Poco a poco hizo una clientela estable y abrió una cuenta bancaria, para tener el futuro solucionado.

-El futuro solucionado -piensa, recostaba en la cama- mierda... No pude estudiar como soñé porque le dediqué el tiempo a esto... Y hoy ya no puedo volver atrás... Necesito más plata para comprar una casa y después pensar en otra cosa... No hay salida... Elegí un camino y para llegar a destino me falta mucho y no quiero bajar los brazos...

En un solo momento estuvo a punto de dejar la prostitución. Fue cuando se enamoró de un hombre, que al enterarse de su pasado la abandonó. De ahí en más se juró nunca más amar a nadie más. Sintió vergüenza y juró que ningún hombre la iba a volver a tratar así.

-Los voy a tratar como objetos con pene que por hacerlos eyacular, haciéndolos sentir como seres inferiores, te dan todo -aseguró lapidaria, proponiéndose no tentarse por el dulce sabor del amor-engaño.

Pero el inapagable fuego que nos consume, nos intenta seducir durante toda la vida.

CAPITULO VI

(...)

51

Y cuando él ingresaba al alma de las ciudades, las voces callaban por no encontrar respuestas a los interrogantes. Todas quedaban mudas e inertes ante su implacable y destructor paso. Ante su inquietante presencia.

Y dijo, entonces, "las flores se marchitarán y los demonios ocuparán esos huecos".

Los vientos cubrían los silencios de los muertos.

52

La alteración de los sonidos nos llamó la atención en aquella ciudad.

53

"Y habrá falsos apóstoles de la salvación, profetas que intentarán guiarlos por vidas ya muertas, por senderos en los que la repetición absurda e inaudita del género humano será un dogma necesario para pertenecer a la sociedad, a esa sociedad que nunca los liberará de la angustia que se produce al tener acceso al deseo y no a la satisfacción", dijo ante la multitud.

54

Dijo luego: "Cuando despierten en las noches, no olviden sus sueños. Anótenlos cuidadosamente y aprendan de todo aquello que se niega durante las jornadas en las que deben dejar de ser ustedes para seguir viviendo. No crean en lo que afirman los falsos profetas de la verdad".

Las mareas golpeaban contra nuestras cabezas. Los heridos de una guerra perdida nos invadían y solicitaban nuestra ayuda. No sabíamos qué hacer y sólo torcíamos nuestra cabeza para el costado. "Peores son aquellos que se sientan en la mesa de los reyes y luego lloran ante la maldad del mundo. Esos nunca estarán de nuestro lado, no lo olviden. Para abolir un mundo ya putrefacto, primero hay que abolir las murallas que se levantan dentro de nuestras cabezas y ahogan lo más puro", dijo.

55

Hablábamos de la destrucción de las ciudades. Él nos decía "no ha existido aún una ciudad que haya sido destruida. Quizás ni ustedes estén preparados para vivir la

destrucción que los liberará. El camino está plagado de llamas, de incendios que terminarán con nuestros mejores y más estúpidos sueños".

56

Cuando recorría los eternos pasillos, él descubrió que hay pocas puertas de salida que se comunican entre sí.

57

Las caras resignadas de los pobladores, nos llamaban la atención. No hubo momento en el que no pensáramos que todo era en vano. Caminábamos sin rumbo fijo. Caminábamos, tal vez, para no llegar a ningún lugar. Sabíamos que la única vía de escape que nos quedaba era no saber el final de nuestras vidas.

(...)

CAPITULO VII

Esa mañana el teléfono sonó más de siete veces y nadie se levantó a atenderlo.

Como todas los días, el diariero dejó una revista en la puerta de entrada y antes de irse tocó el timbre. Pero, esta vez, nadie contestó.

Desde temprano, las ventanas solían estar abiertas. Rostros rozagantes y sonrisas envidiables siempre la hacían lucir. Su esposo salía temprano para el trabajo, y ella lo despedía con un afectuoso beso, con un apasionado beso que le mostraba a más de uno que la pasión puede durar eternamente, o al menos, por muchos años. Después despertaba a los niños, les hacía el desayuno y los mandaba al colegio.

Era una familia hermosa.

Sin embargo, nada de eso ocurrió durante aquella mañana, donde reinaba la quietud y un color opaco que se había posado en todo el frente; ese gris plomizo que suele instalarse en todas las casas sin vida.

Esa mañana el teléfono sonó más de siete veces. El principal interesado en hablar era el amante de ella.

-La puta madre que la parió, me dijo que iba a estar -protestó cada vez que, desde un teléfono público, escuchó la frase del contestador. Cada llamada equivalía a la caída de una moneda. "*Cuando el gran silencio descienda sobre todo y por doquier, la música triunfará por fin. Cuando todo vuelva a retirarse a la matriz del tiempo, reinará el caos de nuevo, y el caos es la partitura en la que está escrita la realidad*" (2). Ya se sabía el fragmento de Henry Miller de memoria y, pese a que le gustaba, lo tenía podrido. Sólo quería hablar con ella esa mañana, necesitaba encontrarla para decirle todo lo que pensaba.

-Dónde carajo estará... -y esta vez, la frase se le entrecortó.

-Dónde... -repitió con voz baja y apesadumbrada. Sintió que su búsqueda iba a ser inútil, sin sentido alguno.

Caminó algunas cuerdas y se sentó en un banco de la plaza. Metió su cabeza entre las piernas y trató de no pensar. Quería esconderse de las cosas que lo rodeaban, que sólo lo rodeaban pero que él las veía amenazantes.

Estuvo varios minutos intentando volverse pequeño y sólo logró angustiarse más.

El sonido monocorde del teléfono retumbaba en las habitaciones, cada veinte o treinta minutos. Era la única música que podía acompañar esas imágenes.

En la cama de dos plazas, yacían los esposos muertos con los ojos hinchados y rojos. No se tocaban entre sí, y parecían darse la espalda a propósito. En la habitación contigua, los niños estaban estrangulados con sus propias sábanas.

No había rastros de lucha, ni de sangre, ni de nada que llamara la atención.

Relatos similares comenzaron a vivirse en la ciudad.

CAPITULO VIII

El gerente enfrentó el espejo como todas las mañanas. Pero la imagen que obtuvo no fue la deseada. Estaba ojeroso y se veía muy cansado. Levantó los brazos y enderezó su espalda. Hizo una mueca de desagrado y se sonrió.

Había dormido muchas horas, pero igual estaba con el cuerpo entumecido; había tenido pesadillas, y la última lo despertó. No pudo olvidarse de ella por muchos días. (Subido a una camioneta vieja, se encontraba recorriendo una carretera desierta. Un camino que nunca había visto en su vida. En ese momento, sintió que lo comenzaban a perseguir y aceleró la marcha. Cuando pensó que nadie podía ya alcanzarlo, su camioneta ingresó en un inmenso mar y vio que el principal perseguidor era un mono. Nadó como pudo, hasta llegar a un ligustro que le sirvió de trinchera. Miró para atrás y estaba en el parque de la casa de sus padres, mientras que para adelante todo era mar inhóspito. Cuando pensó que estaba a salvo, el mono se abalanzó sobre su cuerpo y despertó.)

Abrió la llave de la ducha y comenzó a bañarse. No tardó mucho en entrar y salir del agua, apenas unos minutos. Se cambió rápidamente, y se encontró listo media hora antes de la prevista salida para su trabajo. Hasta el portafolios tenía en la mano.

Se sentó en el sofá del living y recordó algunos gratos momentos que había vivido con su señora. El noviazgo, las vacaciones, los inviernos juntos, los proyectos, las ilusiones... Ambos habían soñado con una casa llena de niños, corriendo por el parque, con alegrías y tristezas; él un esposo trabajador y comprensivo, ella una buena compañera para las buenas y las malas; envejecer juntos, amándose y respetándose. Recordó la alegría que sintió ella el día que fijaron la fecha de casamiento. Luego la boda, donde ella lloró mucho por los nervios, la fiesta, la luna de miel, los primeros meses, todos momentos inolvidables. Momentos...

Una flecha lo atravesó y lo sacó de su éxtasis.

Descubrió, en ese instante, que no podía recrear con exactitud la cara de su amada. Se esforzó pero todo fue un vano intento. Su mente no podía invocarla, sólo podía hacerla presente con un gesto puntual, con una sonrisa que lo había impactado o alguna cara de asombro; no podía imaginarla o recrearla como se le ocurriera, sino que lo único que recordaba eran esas postales sin movimiento y sin vida. Esas postales sin brillo, sin ese resplandor que tienen en nuestra mente las caras de los objetos de nuestro amor.

Se paró y buscó el portarretratos. Estaba sobre la heladera. Le quitó el polvillo y lo besó tiernamente. Se entristeció un poco y nuevamente se sintió culpable de su muerte.

-¿Por qué? -se lamentó, mientras las lágrimas comenzaron a cubrirle el rostro.

Trató de respirar.

Tenía que ir a trabajar porque nadie le iba a pagar por deprimirse. Se secó las lágrimas y puso la foto de su esposa en su lugar.

Agarró el saco, cerró la puerta y salió a la calle.

Tomó un taxi y viajó sin mirar. Ya las calles de la ciudad no le importaban como antes, sus habitantes no le importaban como antes, los edificios no le importaban como antes, nada le importaba como antes.

Nada importaba, nada de lo que ocurriera fuera de su cabeza.

Pagó con cambio y descendió del auto con mucha prisa, aunque restaban quince minutos para que se cumpliera el horario de ingreso.

Se paró ante el edificio de su empresa y levantó la vista invocando a las alturas. Sonrió cínicamente y trató de escuchar que le decía la fachada de ese enorme edificio.

-¿Subís? -lo interrumpió su secretaria.

-Sí... -respondió no muy convencido.

Entraron juntos al edificio y él, como buen caballero, llamó al ascensor. No pudo evitar mirarle las piernas. Ni la angustia que le provocaba la falta de su esposa, podía evitar sus reiteradas faenas visuales.

-No se te nota bien -dijo ella ante se subir al ascensor.

-...

-¿Pasa algo? -insistió.

-No, nada. Quedate tranquila. No dormí bien, pero está todo bien. Estoy cansado, nada más... nada más que eso.

Subieron al ascensor. Ella no muy convencida, insistió:

-Podés contarme...

-No pasa nada... nada.

Estuvieron varios pisos sin hablar. Cuando llegaron al suyo, ella bajó primero. Tras marcar la tarjeta, ordenaron la correspondencia y planificaron la jornada laboral.

-¿Te pasó algo?

-No, nada...

CAPITULO IX

El pastor decidió que tenía que volver a ver a la puta y se propuso buscarla en la ciudad. No sabía adonde debía ir, pero tenía que hacerlo. Esos ojos que había visto en el templo, aún lo perseguían. Aún lo seguían arrastrando, y lo arrinconaban sin dejarle salida alguna, sin permitirle que hiciera algo diferente que salirlos a buscar desesperadamente.

Caminó algunas cuadras, y unas melodías graves de guitarra y una voces bajas con una cadencia casi inexplicable, lo hicieron entrar en un terreno baldío. En un terreno...

Cuatro seres en silencio, rodeaban a otro vestido de gris, que entonaba estrofas acompañado por escasos toques de cuerdas.

*El color ocre de la
soledad lo rodeaba,
lo rodeaba y acorralaba;*

*fantasmas grises
eran sus aliados,
la sentencia fue clara:*

*"los aliados deberán rendirse,
deberán rendirse
al partir.*

*Correr para ningún
lado y no detenerse,
sentir en la piel*

las lastimaduras".

*Nadie sabe ya de
las guerras perdidas,
nadie sabe ya de
lo que lo atormenta.*

*Sentir el fuerte sol
que resquebraja la piel,
el verde sol que lo
liquidará al amanecer.*

Los cuatro seres miraron al pastor y se rieron estúpidamente. El que tenía la guitarra en la mano, agachó la cabeza como avergonzado.

Las frenéticas risas no cesaron por varios minutos. Los chistes se fueron haciendo cada vez más estúpidos y carentes de sentido.

Sus cuerpos en descomposición, nada podían ya pedirle a una vida que nada les había dado.

El hombre gris entonó una nueva canción, una nueva campanada, un nuevo alarido sin destino alguno.

*En los albores
de mi mente,
te buscaré
para matar*

*No escaparás,
te buscaré
para matar...*

*No escaparás,
mis garras
te atraparán...*

*Por hechos absurdos
que van atrás
de historias de esas cosas
que no pueden más.*

*No escaparás,
mi mente
te destruirá...*

*No escaparás,
mis garras
te alcanzarán...*

*Por ceremonias absurdas
que no pueden más,*

*por historias de esas cosas
que no quiero hablar.*

*Por ceremonias absurdas
que no pueden más,
por historias de esas cosas
que no quiero escuchar.*

CAPITULO X

*En los albores
de mi mente,
te buscaré
para matar*

Una estrofa le gustó mucho, y no pudo dejar de repetirla durante toda la noche, durante la desesperada búsqueda.

Caminó sin rumbo fijo. Observó cada recoveco que le llamó la atención. Durante horas, entró en bares, restaurantes y algunos pocos boliches bailables que se encontraban abiertos. Pero, en vez de encontrar a esos ojos negros, vio rostros sin alma; rostros de personas que sólo pueden acompañar con su cuerpo la cadencia de los sonos desordenados del orden que nos gobierna.

Después de muchas cuadras, encontró un prostíbulo. Sintió un frío escozor y dudó antes de entrar. No sabía si era capaz de soportar la idea de que sobre ella pesaran parte de las culpas de un mundo corrompido y arrojado a las profundidades del mar.

-Esa mirada... -dijo, apretó los dientes y cruzó la puerta principal.

Apenas caminó algunos metros, una mano se posó en su entrepierna.

-Hola papito... ¿De dónde sos? Estás de paso... ¿Buscás a alguien que te haga compañía?

-Sí...

-Entonces, viniste al lugar indicado...

-Busco a una persona especial...

-¿A quién? mi amor...

-No sé bien...

La carcajada salió con tanta naturalidad, que el pastor no pudo hacer otra cosa que reírse también.

-Pero... entonces, te podés quedar conmigo esta noche.

El pastor pensó algunos segundos y luego balbuceó:

-No... ella... no sé...

-No te parece que soy una buena mercancía, no sé como estará ella, pero yo soy buena y trato bien a mis amores. -Le dijo contorneándose adelante de la mirada poco atenta, y casi indiferente, del pastor, que emprendió una búsqueda casi desesperada por todos los rincones del establecimiento.

Luego de casi cuarenta minutos, bajó los brazos y decidió que la búsqueda había culminado por esa noche.

Se sentó en la barra y pidió algo de tomar. "Algo fuerte", dijo. La mujer que lo había recibido en la puerta volvió a apoyarse sobre su cuerpo y, esta vez desabrochándole la camisa, empezó a acariciarle los pelos del pecho.

-¿Querés tomar algo? -dijo el pastor.

-Sí, tu leche... -fue la rápida respuesta.

-¿Cuánto cobrás?

-Podemos arreglar.

La resistencia del pastor había durado mucho porque lo obsesionaban esos ojos, pero... mientras tanto...

Se encaminó, junto a esas nuevas piernas, hacia la habitación. Estaba muy excitado y se hizo masturbar, no quería cojer, no quería entrar en esas piernas, no quería sentir demasiado el cuerpo de esa mujer.

-¿La pasaste bien? La próxima vez, si querés, podemos hacer otras cosas.

Se fue sin contestar. Pagó lo pactado y, con gesto amargo, se retiró de la habitación, dejando atrás un vestigio extraño de su paso por la vida, rastros de lo que aún lo atormentaba desde el comienzo de su vida.

Cruzó el pasillo principal, y rechazó varias invitaciones. Lo hizo de muy mal modo. No quería escuchar ningún tipo de reclamo. No podía soportar más manos buscando su sexo, más bocas inventando compañía, más cuerpos que sólo proponían danzas paganas, más almas suicidas en noches sin alba, más vidrios rasgando su piel...

No tardó en llegar a la calle. Estaba muy lejos de su casa, pero no tuvo otra alternativa que agachar la cabeza y emprender el viaje, así tardara un par horas.

Una franja de agua manchaba la acera. Los espacios eternos de la noche acorralaban al pastor, que ya no sabía adonde buscar; había recorrido todas las calles de la ciudad y sólo estaba escribiendo un nuevo capítulo de frustración.

Se paró en una esquina y, mirando la oscura profundidad, suspiró profundamente. Allí, en la oscuridad, debía encontrarla y destruirla. Allí debía iniciar duras acciones contra ese deseo que lo carcomía lentamente.

CAPITULO XI

(...)

85

Y nada más que vacío gobernaba antes de la creación. Y nada más que sutiles piezas desordenadas conformaban el cosmos. Ningún vestigio podía prever lo que, instantes más o instantes menos, iba a ocurrir con el espacio que atesoraba secretos indescifrables.

86

Los vientos soplaron mucho más fuerte durante esa jornada. Torbellinos de eternidad comenzaron a atormentar a las almas que, como pequeños insectos, permanecían en la nada y le daban un brillo especial a la opacidad del firmamento.

87

Un gran temporal azotó las soledades. Fuertes luces iluminaban a toda la tierra.

88

Seres viscosos se debatían por pequeños espacios de tierra y el espíritu eterno decidió intervenir en la disputa. "Habité siempre en espacios inacabables, corrompiendo almas para arrojarlas a los inesperados abismos, para que llenaran con sus cuerpos los huecos de una existencia perseguida por la culpa", dijo antes del combate.

89

Las persecuciones acabaron con las imágenes proyectadas sobre el firmamento.

90

(...)

*Un incendio estomacal en las ruinas de la eternidad,
será lo único que encontraremos de regreso;
un afán de ufanarnos de la realidad nos
llevará a la destrucción de nuestras almas.*

*Una cabeza se incendiará sobre nuestros hombros, y
una ciudad nos aplastará como un pie a un insecto;
(tal vez, esto nos sirva para negar algunas de esas
noches donde las ideas no existen y sólo la
alusión a la muerte puede parecerse a la poesía).*

*Ver, mientras el incendio ilumine nuestro camino, será
lo único que podremos hacer antes de que vuelva la oscuridad.*

Ojos en las antorchas para iluminar la necesidad de la tempestad.

*"Ya nada podrán hacer, mas que consumirse en el fuego que, mientras dure,
iluminará la oscuridad", aseguró.*

(...)

CAPITULO XII

La idea de una peste estaba instalada en toda la ciudad. Las muertes se producían con tanta frecuencia, que nadie podía sustraerse del pánico generalizado. Sin síntomas que pudieran presagiarlas, acosaban como espectros a las almas que cerraban sus ventanas y no dejaban que el sol les quemara la piel.

*Hay noches amputadas por los sueños. Hay sueños que sería mejor olvidar.
Hay siluetas que se pierden en la multitud apostada en la enorme antesala de la
muerte.*

*Hay espíritus que sobrevuelan los Alpes, sin dirección, sin sentido.
Hay tardes oscuras en las que los trenes no nos conducen a nuestro destino.
Las ciudades son inhóspitas en el momento de la creación, en el instante en que nos
vemos obligados a amputar aquello que nos aflige.
Hay momentos sublimes en los que la eternidad es sólo una cuestión de elección.*

El hombre se detuvo. Levantó el papel. Lo leyó en silencio. Se lo guardó en el bolsillo. Todo en secuencias muy pausadas. Todo con el debido cuidado, de la forma más parsimoniosa. Tardó varios segundos antes de decidirse a seguir caminando en línea recta, con destino incierto, como lo había hecho toda su vida.

Había salido de su casa porque se sentía sofocado, agobiado por la enorme presencia de su angustia. La presencia de las penas que nunca pudo ahogar, de esas penas que nunca quiso olvidar porque, al fin y al cabo, eran el único registro que podía mantener con vida la identidad ya muerta de tantos años, de sus otros yo.

Vivía solo desde hacía tanto tiempo, que no recordaba lo que era estar acompañado; tanto que se conformaba con esperar lo que nunca llegaría, tantos años... Pero su peso de vivir, estaba aliviado por la certeza de la muerte. Cada mañana, cada despertar en su habitación vacía hubiera sido difícil de aceptar de otro modo; muchas veces había pensado en el suicidio, pero aún no tenía la certeza de que "lo otro" fuese mejor que "esto", no sabía si el silencio sepulcral de la eternidad lo podía llegar a reconfortar.

Todas las tardes, solía frecuentar un bar. Ese día no fue la excepción, pese a que no había salido con ese objetivo. La única diferencia de la jornada, fue que en el lugar sólo estaban el mesero y él.

Se sentó en el lugar de siempre y pidió lo de siempre: vino tinto. Repitió algunos chistes que había sentido en la radio e invitó al mesero a compartir la mesa.

-Esperá unos minutos que estoy limpiando- fue la respuesta tajante, después del sonido seco que produjo el encuentro entre el vaso de vino con hielo y la mesa del cliente.

-¿Qué pasa jefe? -insistió el visitante.

-Nada, viejo... se labura poco, ¿entendés?

El hombre agachó la cabeza y comenzó a beber. Pidió un trago tras otro. Llegó a tomar más de diez vasos, antes de comenzar a sentirse mareado. Acto seguido, se agarró el pecho y no tardó en apoyar la cabeza sobre la mesa.

El mesero comprendió rápidamente que no era un simple desmayo; ya habían ocurrido más de treinta muertes en su bar, de la misma manera, con similares características.

Respiró hondo y se sentó resignado, detrás del mostrador.

Miró a la calle por el ventanal y confirmó que la desolación todavía reinaba la ciudad. Trató de no preocuparse, su turno estaría pronto a llegar.

CAPITULO XIII

Ni siquiera el temor generalizado, impidió que el pastor y la puta salieran a caminar por las calles de la ciudad. Ni siquiera la presencia de cuerpos sin vida, de funerales que nada ofrecían a las personas que quedaban con vida, ritos practicados por los supuestos comandantes de un barco sin rumbo.

La soledad reinaba en el momento exacto en que esas dos almas se encontraron, y nada pudo evitar que las miradas comprendieran la desesperanza en la que ambas estaban sumidas.

Se detuvieron frente a frente, las palabras sobran, pero el pastor tuvo que hablarle:

-Te busqué por todas las calles, te imaginé de tantas maneras... nunca pude olvidar esos ojos negros... esa mirada profunda, presagiando, desnudando todo... ojos como una galería interminable donde uno jamás puede cansarse de buscar... paredes blancas, habitaciones vacías... te busqué siempre...

La puta no le contestó, pero fue más clara. Lo tomó de la mano y lo guió hasta la plaza de la ciudad. Caminaron lento por las calles desoladas, hasta llegar a destino. Se sentaron de frente y volvieron a mirarse.

Esta vez fue la puta quien habló:

-Me acuerdo de tu voz temblando en el templo, si bien las palabras y los pensamientos parecían firmes... Era una voz más temerosa que desafiante... La forma de decir las cosas, de pararte y mirar... rodeado de gente pero sin nadie que te escuche... esa insistencia casi desesperada en cada frase, en cada paso...

El pastor la miró con ternura y sólo atino a preguntarle: ¿Por qué te fuiste rápido?

-No me sentía bien, el ambiente me causaba dolor... la gente, no sé... No me sentía bien, por momentos... no sé... no me preguntes...

Estuvieron sentados durante horas, hablando de su infancia, de su pasado, de las historias similares, de los golpes... Se rieron bastante, como hacía tiempo ambos no lo hacían; él le contó sus primeros años como religioso, de las cosas que había llegado a hacer...

Cuando las nubes empezaron a oscurecer la tarde, decidieron emprender la retirada.

CAPITULO XIV

La puta no le dijo al pastor que trabajaba de puta y lo llevó a su departamento. Temía que la verdad pudiera terminar con la magia del momento, y que la gran noche que se había instalado en la ciudad, alcanzara al encuentro.

Pese a que las nubes parecían amenazantes, no apuraron el paso. Así que la lluvia los agarró a mitad de camino y llegaron empapados.

-¿No te molesta que está un poco desordenado?

-No, no... para nada...

-Es que salí un poco apurada y no tuve tiempo.

-No te preocupes por nada, por mí está bien así.

-¿Preparo café?

-Bueno, sí... por favor.

-¿Querés cambiarte? Tengo algo de ropa y te puede andar. Dejé la ropa mojada en el baño y listo.

-Bueno, si... por favor.

La puta fue a la habitación, se cambió rápidamente y le trajo un pantalón corto y algunas remeras.

-Elegí la que más te guste.

-Cualquiera.

El pastor agarró el pantalón corto y una remera azul sin estampado. Entró al baño y cerró la puerta. Se sacó lentamente la ropa y la fue dejando a un costado. Después se secarse, se puso el nuevo pantalón y la remera.

Se miró al espejo y trató de peinarse. Tenía un pelo muy rebelde, pero quería estar bien. Tardó varios segundos hasta poder acomodarse el remolino que habitualmente se formaba en la parte de atrás. Desde chico era lo que más le había dado trabajo. Su madre siempre le repetía que esperaba que él no fuera como su pelo, porque sino iba a tener muchos problemas. Volvió a mirarse al espejo y pudo recordar su rostro de niño riendo ante esos dichos. Su madre siempre tenía ese tipo de salidas, tenía esa facilidad de poder relacionar todo y él se maravillaba con sus palabras. Hasta lo maravilló de adulto, meses antes de que falleciera, y aún la extrañaba. Fue la única que lo bancó cuando falleció su esposa. Había sido muy luchadora. Todavía la admiraba, por sus agallas ante la vida. Su padre había fallecido cuando él tenía pocos años, y su madre tuvo que pelearla sola; nunca bajó los brazos y sacó la casa adelante, con mucho sacrificio. Él no sabía si alguna vez podía llegar a tener las agallas que tenía su madre.

Cuando el pastor salió del baño y dejó atrás la imagen del espejo, se sentó en un sofá y comenzó a mirar para los costados. Recorrió cada rincón de la habitación. Nada le llamó la atención hasta que llegó al armario; había una foto de una niña con sus padres, y no dudó: era ella de pequeña. La curiosidad lo venció y tuvo que reincorporarse. Tomó la foto en sus manos y sacó una radiografía completa de la imagen. Observó cada detalle, el parque donde había sido sacada, la ropa que tenían los tres. Todo lo que podía ayudarlo a situarse en el pasado de la persona que lo acompañaba.

La puta volvió con el café caliente y se perturbó al verlo con esa foto en la mano.

-¿Adónde están?

-Hace mucho que no están, -comenzó diciendo ella- ya no existen. El pasado es eso, una imagen gastada que con los años logramos retocar a nuestro gusto... o eso

quisiéramos, por lo menos. Nuestras anteriores vidas son imágenes que dejamos sobre el armario o que escondemos en el lugar más oscuro de nuestras habitaciones.

Hubo un extenso silencio que duró algunos segundos.

-Perdón, no quise molestarte. Sólo quería saber adonde fue sacada esta foto, nada más... Pero no importa, no me contestes, en serio... No quise molestarte, no fue mi intención...

El cálido ambiente se había vuelto un poco denso. Los espectros que estaban descansando habían vuelto a merodear las tumbas de antaño. Las gotas que golpeaban la ventana, se clavaban como puñales en los desgarrados cuerpos de las víctimas.

CAPITULO XV

La empresa cerró por tiempo indeterminado y el gerente se quedó sin trabajo. No perdió tiempo, y en su primera tarde libre, fue a visitar a la puta, sin saber que en ese momento estaba con el pastor.

La oscuridad de la tarde no le llamó la atención, parecía estar de acuerdo con su estado de ánimo. Su alma estaba cubierta de mantos pálidos, que resplandecían en el medio de la noche carcelera de los espíritus de la ciudad.

No encontró un taxi y tuvo que caminar. Vio algunos autos que pasaron a gran velocidad, y que, a pocos metros, desaparecieron tragados por una boca que los esperaba en el final de todas las calles.

Estaba lejos de la casa de la puta, pero quería llegar. Nada ni nadie podía hacer que cambiara de opinión. Ni siquiera la aparición del ciego que lo perturbó aquella mañana en el tren. Esa imagen grotesca que en sueños todavía lo seguía persiguiendo, con su bastón de madera y esos golpes secos en el tarro de metal.

Sintió que un pálido escozor recorría su cuerpo. Trató de abrazarse fuerte y continuar camino. No podía rendirse, no quería rendirse todavía. Pensó en el cuerpo de la puta y siguió caminando. Trató de ocupar su mente con las cosas que aún le daban sentido a su estúpida vida. Esas manos recorriéndolo... esas piernas... esos pechos... nada más que hundirse y esperar resignado la pronta muerte, en un mundo de muertos. Nada de resucitar y subir a los cielos y sentarse a la derecha del padre todo poderoso... Nada de eso.

Una voz surgida de la noche lo hizo detener por algunos segundos.

-Observá, no seas necio...

Inmediatamente supo que la voz pertenecía al ciego. Nada lo detendría y eso estaba cada vez más claro. El plan ya estaba trazado. La devastación estaba planeada desde hacía mucho tiempo. Se tapó los oídos, pero la agudez de la voz lo taladró con mucha más virulencia. Algo debía hacer y comenzó a correr.

Cuando las palabras se fueron haciendo cada vez más ininteligibles, la calma regresó a su cuerpo, y su primer objetivo volvió a ser llegar hasta la casa de la puta.

Al llegar al edificio, tocó timbre. La puta tardó en atenderlo.

-Hola, ¿quién es?

-Soy yo, ¿me abrís...?

-Ahora no puedo

-Por favor, lo necesito.

El pastor miró el gesto de malestar de ella y sólo atino a decirle que si molestaba, se iba. La puta lo detuvo y le pidió que se quedara. El gerente insistió hasta que la entrada le fue permitida.

-¿Quién es?

-¿Qué tengo que explicarte... ? Después te explico... Esperá...

La puta abrió la puerta y el gerente se abalanzó sobre ella. El pastor siguió la imagen y vio como la puta rechazó con las manos al nuevo visitante.

-Eh... ¿qué te pasa?

-Estoy acompañada...

-¿Otro cliente?

La palabra "cliente" retumbó en los oídos del pastor. Cayó en el fondo del alma y sacudió la borra del fondo del vaso. El agua comenzó a oscurecerse y nada pudo evitar que el pastor comenzara una retirada interna, única vía que lo venía protegiendo desde hacía muchísimo tiempo, desde hacía tanto que no recordaba como había aprendido esa defensa.

-Espero que se vaya -fue la nueva intervención del gerente.

-No, andate...

-Pará, hace años que te conozco, ¿cuál es el problema? Él también te conoce, ¿cuál es? Decime.

La imagen quedó detenida durante una gran cantidad de minutos. El gerente tratando de entrar, la puta dando explicaciones y el pastor mudo e inerte como un público al que la obra no le gusta demasiado.

Un cosmos resonante auspició el encuentro.

CAPITULO XVI

De pronto la puerta se cerró. Cada ventana puso su traba y un campo de energía eléctrica los empujó hacia el centro del departamento. No hubo tiempo para compadecerse entre sí, un cuerpo etéreo se posó sobre sus espaldas. Las angustiadas almas no pudieron hacer otra cosa que quedarse firmes, como se les había ordenado.

El rito no tardó en empezar.

Hubiera sido mejor huir a tiempo antes de tener que soportar la energía que despidió el cuerpo que se posó sobre sus hombros. Tres columnas perfectamente ordenadas para la gestación. Todas las salidas apuntando hacia una misma dirección, un nuevo cielo desprendiendo destellos de luz, incendiando las escasas señales de la unión.

La esfera de los tiempos, la triada inversa esperada por años para terminar con el pacto, los gritos de auxilio y de dolor... la ingravidez...

Antes de que sus bocas fueran selladas, el pastor recordó un fragmento de la Biblia y lo dijo como pudo. *¿No son breves los días de mi vida? Déjame, pues, para gozar un poco de consuelo antes de que me vaya, para no volver más a la región de las tinieblas y de la sombra densa, lugar de oscuridad y caos donde la misma claridad es cual cerrada noche (3)*. Inmediatamente sus manos fueron atadas, sus pies estaqueados y sus sentidos anulados.

La escena duró horas o años quizás. La intensidad fue tan grande que hubiera sido mejor no despertar jamás. Dormir el sueño eterno y no encontrarse con muchos golpes en el cuerpo, en medio de una habitación ulcerada y en pleno estado de descomposición.

Pero no corrieron esta suerte. Fueron abriendo los ojos lentamente. De su ropas sólo quedaban pátinas herrumbrosas, restos... Sus miradas buscaban algo de compasión, una comprensión y una contención que ninguno de los tres podía dar en ese momento; sólo cicatrices de un pasado similar y un estado de ánimo con los mismos pesares, podían compartir en la nulidad de los sentires.

La puta fue la primera que intentó levantarse, pero el piso parecía tener un gran imán que los atrapaba. Hizo tres veces el vano intento. Luego apoyó su cabeza en el suelo y comenzó a llorar desconsolada, como una niña.

El turno del gerente no duró mucho. Pocos instantes después de buscar incorporarse, cayó desplomado contra el suelo. Un hilo de baba se desplazó desde su boca al suelo, formando el único nexo real con el mundo.

El pastor miró la imagen de ambos y apretó los dientes. Apoyó las manos en el suelo y, al menos, logró sentarse. Respiró hondo, con algunas dificultades por el espesor del ambiente. Se agarró el pecho y tosió. Comenzó a balancearse para lograr fuerzas, pero sus piernas esta vez no le fueron fieles y tuvo que quedarse a conformar la postal.

El calor los estaba agobiando, terminando además con sus últimas fuerzas, corrompiendo los cimientos, empujándolos a la resignación de sentir la podredumbre de sus carnes.

La habitación era una gran cáncer que los estaba terminando de devorar. La ciudad era un gran cáncer que se estaba devorando así misma.

CAPITULO XVII

-Comprender es todo lo que quisiéramos, respondernos esas preguntas indescifrables para la mente humana... pero, condenados, marchamos hacia un fin inmutable que es la muerte y ni siquiera comprendemos por qué...

Fueron las únicas palabras del pastor antes de recomenzar su lucha por pararse. El gerente y la puta lo miraron sin prestarle atención a sus dichos.

Los tres seguían muy doloridos y con pocas fuerzas, pero el pastor quería irse, huir, dejar atrás todo lo que había vivido.

Haciendo mucho esfuerzo, se paró. La dolía la espalda y estaba encorvado. Permaneció varios minutos tratando de enderezarse. Movié el cuello para los costados y se preparó para la retirada.

Caminó recto, arrastrando su pierna izquierda. Cuando llegó a la puerta, se dio media vuelta y observó a la puta que estaba recostada debajo de la ventana, despidiendo vapores de sus ropas. Por algunos segundos sintió piedad, pero sólo por algunos segundos... después, decidió irse. Necesitaba refugiarse en su casa por algunos días, para pensar en todo lo que había pasado y en lo que debía hacer de ahora en más.

Bajó las escaleras con muchas dificultades. Una vez en la calle, se quitó parte de la ropa y quedó con el torso desnudo. Se tocó la frente, se secó la cara y se fue.

El gerente no tenía voluntad de nada, pero quería irse. Había ido a buscar unos buenos polvos, y se encontraba abatido en el suelo, sin siquiera haber alcanzado a probar la carne que lo movilizó.

Miró a la puta y no dijo palabra alguna.

La lucha por levantarse duró horas, y mientras la puta sólo miraba, él se paraba y se caía casi en un mismo acto. Así los sorprendió un nuevo día, un día con más opacidad, como si alguien hubiera cubierto el cielo con un celofán negro y la luz se filtrara con mucha dificultad.

-Ayúdame, por favor, no me dejes sola -fueron las últimas palabras de la puta, minutos antes de que el gerente lograra pararse e irse. Una vez vertical, nada lo detuvo. No escuchó las súplicas y huyó despavorido.

La puta quedó sumida en su soledad. El estado de su departamento se correspondía con su estado de ánimo. Paredes descascaradas, grandes manchas por todos lados y un

hedor insoportable conformaban la escena. Ni siquiera podía llorar para liberar algo de angustia. Todo estaba gobernado por una sensación que la oprimía y no la dejaba actuar. Sentía las manos y los pies aferrados al piso por fuertes grilletes que no la dejaban cambiar de lugar. Pensó que quizás esa era la condena eterna a la que debía acostumbrarse. Pensó que ya nada podía hacer para sentirse bien.

Le costaba concebir una salida a la situación que la agobiaba, y sabía que por más que se levantara, nada sería igual, nada podía ayudarla a restablecer lo que había sido devastado, nada...

Tardó horas en poder pararse, quizás días o semanas, pero lo logró. Y lo primero que hizo, una vez de pie, fue buscar el cuadro de sus padres. Buscó desesperada por todas partes. No le importó tener sed o hambre, sólo quiso ver esos rostros.

Revolvió todo y no los encontró por ninguna parte, tal vez era demasiado tarde, tal vez debía conformarse con que alguna vez los había tenido cerca, tal vez algunas horas, tal vez... sólo tal vez...

En su búsqueda, sólo vio cenizas por todas partes. Mares navegados por los conquistadores. Soñó una embarcación huyendo y la cadencia de las olas empujando a los jóvenes intrépidos. Quizás se salvarían de la tormenta...

CAPITULO XVIII

*Yacen sus puertas hundidas en la tierra;
él quebró sus barrotes.
Su rey y sus príncipes están entre las gentes;
¡no hay ya ley! (4)*

Sólo una nueva trinidad podía liberar al Vacío de las oscuridades del Seol. En el nombre del pastor, la puta y el gerente, lo había logrado.

Las muertes habían presagiado su llegada. Casi todos los que leyeron un mensaje del Vacío, no tardaron en retirarse a la región de los muertos. Solamente el pastor, la puta y el gerente, resistieron a la tentación y se convirtieron en los pilares de la vía de unión entre ambas regiones.

*¡Ay, cómo está postrada en soledad
la ciudad tan populosa!
Como una viuda se ha quedado
la grande entre las naciones.
La señora entre las provincias
ha sido sometida al tributo.*

*Llora a raudales en la noche
y las lágrimas surcan sus mejillas.
Nadie hay que la consuele
entre todos sus amantes;
la han traicionado todos sus aliados,
se le han vuelto enemigos. (5)*

La liberación del hermano del Tiempo permitió que casi todo estuviera como antes de la Creación, pero no liberó a los hombres de su existencia; ni la gran cantidad de muertes modificó el sentir de los nacidos.

Sólo quedó al descubierto el campo de una eterna disputa, donde los hombres no son más que fragmentos incoherentes de grandes estrategias. Así fue el propio apóstol Pablo que, en sus cartas a los romanos, advirtió que "*¿No sabéis que al entregaros a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia?*" (6)

La ciudad, ya en ruinas, fue el gran escenario donde se libró la batalla de la liberación y nada se pudo volver atrás.

El espíritu eterno no jugó bien las últimas partidas y el Vacío logró forjar la vía de escape hacia la luz.

Nada lo detuvo.

Nada ya podía detenerlo.

CAPÍTULO XIX

La puta, el gerente y el pastor decidieron que debían huir de la ciudad.

*He llamado a mis amantes,
pero me han traicionado.
Mis sacerdotes y mis ancianos
han muerto en la ciudad,
mientras buscaban alimento
que la vida les volviera (7).*

Y felicito a los muertos que ya están muertos, más bien que a los vivos que todavía están vivos. Y más feliz que unos y otros es el que aún no ha existido y no ha visto las iniquidades que se cometen bajo el sol (8).

El pastor miró las calles por la ventana y creyó que no había nada por lo que seguir luchando. Estaba muy dolorido.

Lo primero que hizo, preparando su partida, fue meter en la bañadera toda la ropa que lo ataba a su pasado de ministro. Puso también algunos papeles de diario. La roció con kerosene. Disfrutó del instante en el que el fósforo encendido desató la fogarata.

Las llamas consumieron rápidamente los símbolos. Su rostro resplandeció por algunos segundos. Si bien sintió una gran satisfacción, descubrió que estaba destruyendo parte de su vida y vio a su cuerpo cayendo en un inacabable foso, dejando atrás un retorno sin abismo.

Se sentó en el piso, al borde de la bañadera. Como un niño se quedó fascinado por el sonido del fuego. Disfrutó de cada instante, como si estuviera seducido por algo. Esperó hasta que el último rastro desapareciera de su vista.

Luego puso algunas cenizas en una bolsa de tela, que guardó en una valija junto a algo de ropa que iba a necesitar para el viaje. Guardó también un portarretratos con la foto de su mujer fallecida; lo puso adentro de un pañuelo, para que no se arruinara.

Giró varias veces alrededor de la mesa del comedor, se tomó un café y adquirió las últimas fuerzas necesarias para no volver atrás. Aún le dolía todo el cuerpo, pero ninguna promesa de bienestar futuro podía lograr que se quedara a trabajar en el templo.

Tomó el café de a sorbos, lentamente, alargando la agonía. Limpió la taza y la puso boca abajo en la mesada.

Fue al baño y se miró por última vez al espejo. Se peinó y miró fijamente al hombre que pretendía dejar atrapado en el reflejo.

Apagó las luces. Antes de cerrar la puerta, se detuvo unos segundos para registrar la última mirada a las imágenes de su departamento.

Tomó el ascensor y apretó el botón de planta baja con muy poca fuerza. El descenso fue rápido y no tardó en llegar a la vereda.

Caminó algunas cuadras y desapareció en medio de la noche. No hubo gritos.

La puta miró las calles por la ventana y creyó que no había nada por lo que quedarse. Estaba muy dolorida.

Lo primero que hizo, preparando su partida, fue ordenar y limpiar el departamento que estaba en ruinas. Puso correctamente las sillas junto a la mesa. Prendió todas las luces y trazó un plan para terminar rápido con la tarea.

La desolación no la desanimó. Separó una muda de ropa para irse. El resto la reunió en bolsas, y la almacenó junto con los muebles en la pieza.

Llenó un balde con detergente, agarró un trapo de piso y empezó a limpiar. No tardó mucho para lograr que las paredes del baño, habitación, comedor y living estuvieran brillantes. Después continuó con el suelo.

Cerró la habitación con llave y la arrojó por el caño de la pileta. Miró los otros tres ambientes vacíos y su alma logró algo de tranquilidad. Respiró el agradable olor a detergente y de un portazo se despidió del departamento.

Caminó algunas cuadras y desapareció en medio de la noche. No hubo gritos.

El gerente miró las calles por la ventana y creyó que no había nada que lo alentara a seguir viviendo en el mismo lugar. Estaba muy dolorido.

Lo primero que hizo, preparando su partida, fue masturbarse en el baño.

Miró los muebles que había comprado con su esposa. Repasó, en un instante, todos los sueños que había tenido, todas las ilusiones que habían desaparecido...

No pudo contener la bronca, y ni siquiera le importó hacerlo. Con la escoba, destruyó todos los vidrios. Luego tiró todos los muebles. Sacó la ropa, la pisoteó y la desparramó por todas las habitaciones.

No tardó mucho en lograr su cometido de dejar la casa en el mismo estado que se encontraba su proyecto de vida. Ese proyecto que lo había llevado hasta ese mismo instante.

Se puso un jean, una camisa y un par de zapatillas. Se metió en el bolsillo el poco dinero que tenía.

Salió a la calle y, con un gesto de bronca, se despidió de la casa.

Caminó algunas cuadras y desapareció en medio de la noche. No hubo gritos.

CAPÍTULO XX

Ninguno de los tres supo como llegaron hasta ese oscuro cuarto, donde reinaban las tinieblas y la quietud, donde la nada era parecida al todo que perturba a los individuos, donde la detención del paso del tiempo puede llegar a ser la peor tortura.

Lo único que rompía el silencio en la habitación, eran unos continuos golpes dados por unas gotas de agua que se destruían contra el piso. Gotas que marcaban un imperfecto surco que comenzaba en el techo y terminaba en el suelo. Gotas que

provocaban una puntada de dolor en los oídos de los nuevos moradores del lugar. Pequeños azotes que perturbaban su existencia.

Esas gotas impetuosas, como todas, nunca volvían a ser iguales luego del golpe. Tenían esta magnitud mientras cubrían el breve trayecto. Después, unas volvían a la tierra a través de pequeñas grietas y otras escapaban hacia una canaleta que pasaba a escasa distancia. Mientras las primeras huían para convertirse en humedad, las segundas estaban dispuestas a formar un todo de agua. Destinos inequívocos e inherentes a su condición de gotas.

Un sueño, de repente, inundó los pensamientos del gerente, el pastor y la puta. Dos autos recorriendo rutas desoladas, una persona convertida en ojos. Las rutas interminables, recibiendo el día y la noche, las tempestades y los tornados, el paso implacable de los vientos.

Una carretera inacabable... esa carretera...

*la ruta desierta
atestada de autos,
el ripio rompiendo
los vidrios oscuros.*

*ojos en la soledad,
ojos en la multitud...*

*la procesión que
nos conduce a lo
que jamás-quizás
podremos conocer.*

Los tres salieron de sus casas para no volver a la ciudad y un remolino los había devorado, arrastrándolos hasta las profundidades de lo desconocido. Viajaron a tal velocidad que no pudieron ver cuál fue el trayecto que cubrieron.

Estuvieron horas queriendo no ver, negando haber sido arrojados a ese lugar. Intentaron imaginar que no pertenecían a ese tenebroso mundo. Pensaron que sería mejor detener el ritmo de sus corazones.

Tardaron tanto en aceptar que una daga se había abierto paso entre sus carnes, que sus sentidos quedaron afectados para discernir con facilidad la diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados, entre las sombras que bailaban al reparo de sus mentes y las sombras que desfilaban por las sendas inconclusas.

El tiempo los doblegó y no les quedó otra alternativa que intentar recorrer la habitación con su mirada y tratar de penetrar en los misterios que los circundaban. Conocer de este modo esa habitación inmensa como la oscuridad que la habitaba.

Con sus espaldas apoyadas contra la fría pared enmohecida, observaban a su alrededor perplejos, con muchos miedos, atónitos, sin comprender... ¿Estarían vivos en la región de los muertos? ¿Qué habría pasado con la ciudad? ¿Qué habría pasado con ellos?

No tenían respuestas a sus interrogantes. Sólo sabían que habían huido de todo aquello que los atormentaba y una extraña tormenta los había arrojado a aquella lúgubre habitación.

Sentían que una puntada les oprimía el pecho y les costaba mucho respirar.

Tenían frío y hambre.
La oscuridad gobernaba.
El temor ya se había apoderado de sus cuerpos.
No querían moverse para un costado.
Tampoco tenían ganas de hablar.

Se miraron por un instante.
Ni siquiera atinaron a esbozar una sonrisa.

Recostados contra la pared, miraron, una y otra vez, el trayecto que realizaban las gotas de agua que caían desde el techo.

Esa cascada, que producía un sórdido y monocorde canto, los hizo pensar en sus vidas.

CITAS

1) Fragmento del Génesis de la Biblia (A.T.), con leves modificaciones. Tomado del primer relato de la creación y la caída, comprendido por 1, 1-31 y 2, 1-4. Páginas 8, 9 y 10. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

2) Trópico de Cáncer, Henry Miller. Página 8. R.B.A. Editores S.A. Impreso en Barcelona, España.

3) Job 10, 20-22. (A.T. de la Biblia). Página 642. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

4) Lamentaciones 2,9 (A.T. de la Biblia). Página 987. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

5) Lamentaciones 1,1-2 (A.T. de la Biblia). Página 985. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

6) Romanos 6,16 (A.T. de la Biblia). Página 1222. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

7) Lamentaciones 1,19 (A.T. de la Biblia). Página 986. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

8) Eclesiastés 4, 2-3 (A.T. de la Biblia). Página 781. Ediciones Paulinas. Impreso en Madrid, España.

"El hueco" fue escrito entre agosto de 1996 y enero de 1997.